

Diana en la  
tierra wayuu  
Laura Antillano



**MONTE ÁVILA**  
EDITORES LATINOAMERICANA



COLECCIÓN CONTINENTES

NARRATIVA JUVENIL

# Diana en la tierra wayuu



Laura Antillano

## Diana en la tierra wayuu

Ilustraciones tomadas de la obra *Maracaibo*,  
de Lourdes Armas



1.ª edición en Alfaguara, 1992

1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2022

*Diana en la tierra wayuu*

© Laura Antillano

© Ilustraciones: Lourdes Armas

DISEÑO DE PORTADA:

Greisy Letelier

IMAGEN DE PORTADA

*Panorama from de Sasso, 1649-1955*

Claude Lorrain

Técnica Mixta, 16.2 x 40.2 cm

Instituto de Arte de Chicago

DIAGRAMACIÓN:

Sonia Velásquez

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2019

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urb. El Silencio,  
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58 212) 485.0444

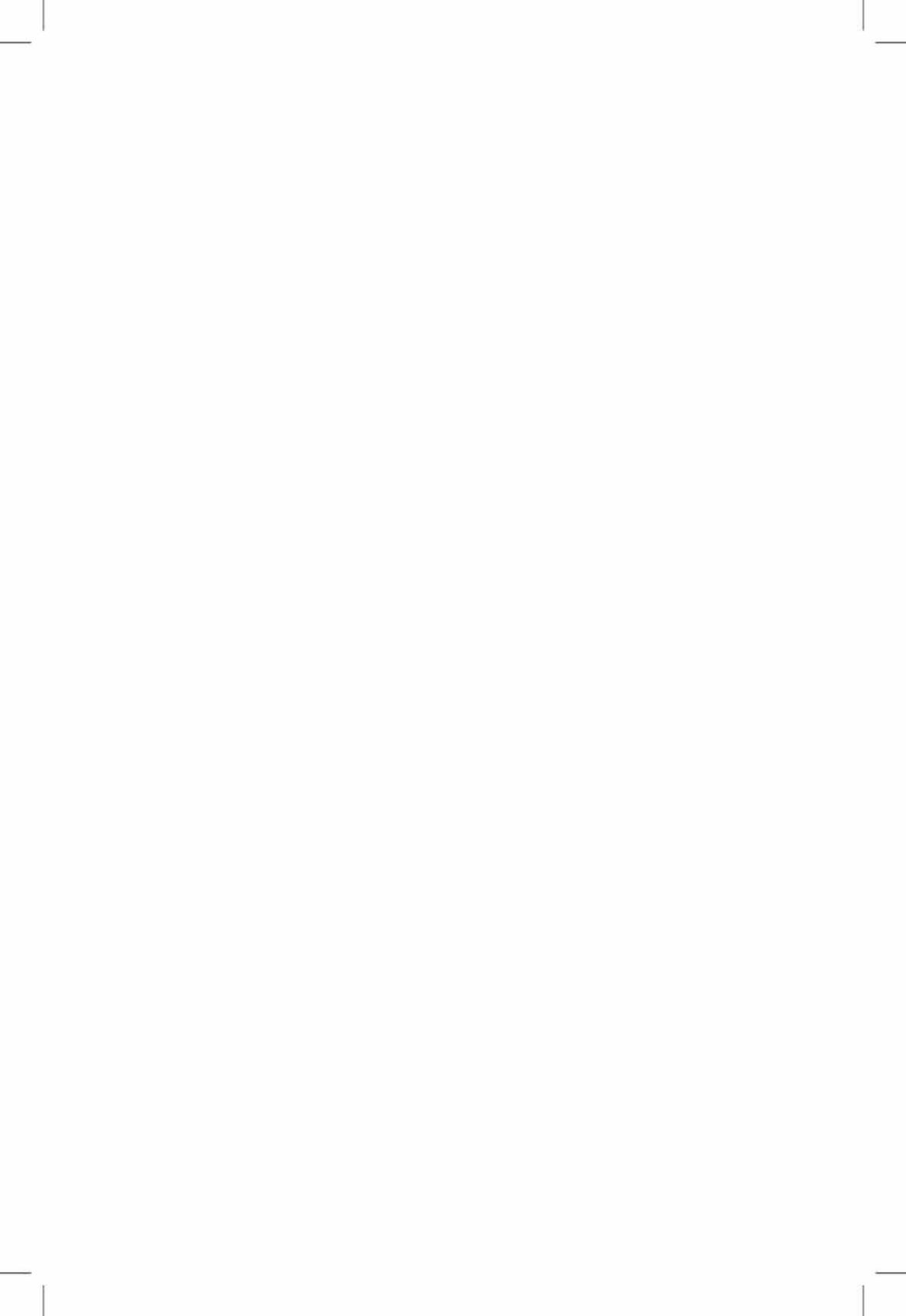
[www.monteavilaeditores.gob.ve](http://www.monteavilaeditores.gob.ve)

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL: DC2022000709

ISBN: 978-980-01-2313-3





*Para Diana y los gatos*



# Capítulo I

La casa en donde vive Diana queda a la orilla de un lago, precisamente en el punto más alto de la costa. Desde el balcón puede contemplar toda la inmensidad de sus aguas y una orilla de altos cocoteros, los cuales, en los últimos años, ha visto sustituir por techos de nuevas casas y edificios, y hasta por la instalación de un hotel para turistas con un comedor que gira enseñando a los comensales los distintos aspectos de la ciudad.



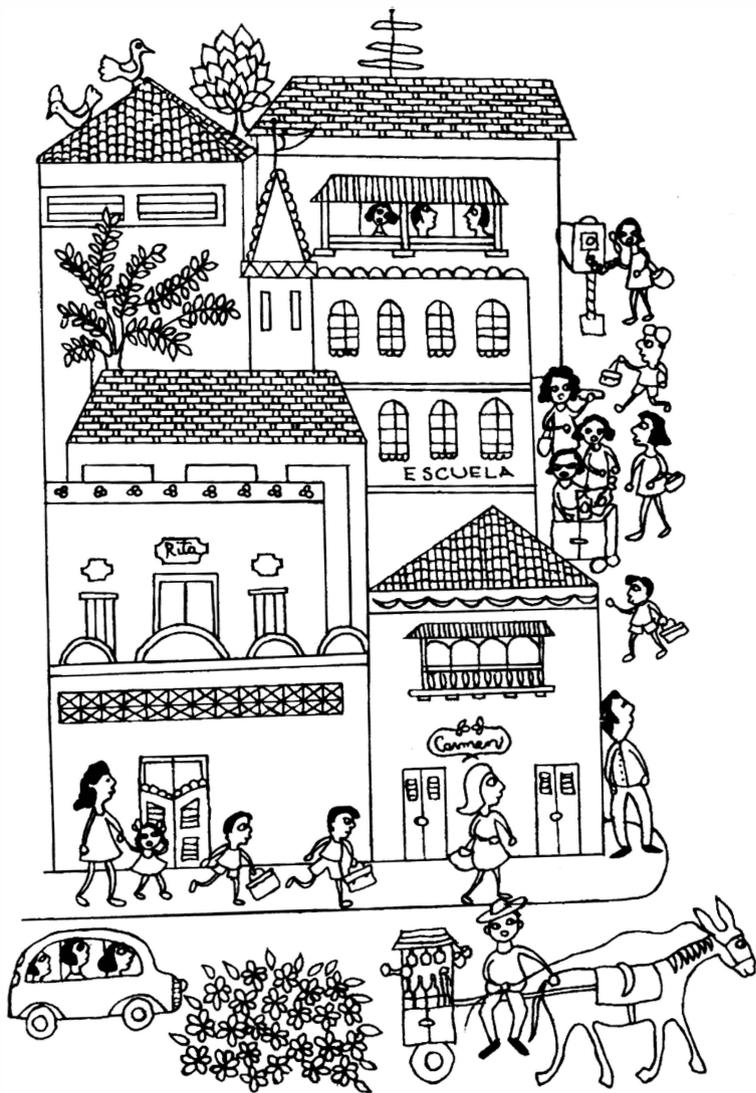
En esta casa ha crecido desde que nació. Su abuelo Javier y su madre, Lucrecia, con frecuencia le han contado historias acerca de las aventuras que se han vivido en las aguas del lago, desde las leyendas de los antiguos piratas, Walter Raleigh, Henry Morgan y el Olonés, hasta otras más recientes: las de los barcos cargueros que trasladan el petróleo a otros países.

La voz de la niña es suficiente para desatar todo un espectáculo: bajan gatos de las ramas más altas del cují, otros se dejan deslizar por el techo de la casucha que sirve de hogar a Dino y Sissy (una pareja de perros); del muro lateral saltan, certeros y elegantes, directo hacia el lugar en donde Diana coloca los platos de la cena para todos.

Por allá viene Natacha, una enorme cola gris y un paso que quiere parecer coqueto; del árbol de acacia bajan Negro, la Peluchina y Tadeo (este último el preferido de la dueña, según comentan todos en casa). Pelambres amarillos, grises, blancas, negras, y blancos manchados; amarillos con franjas negras o marrones. El tono que quieras imaginar puedes encontrarlo en aquella manada de gatos.

Lo cierto es que, para el día de nuestra historia, Diana, con una enorme cacerola entre las manos, sirve plato por plato a los gatos sin prestar mucho interés. ¿El motivo? Un incidente ocurrido en la escuela, esta misma mañana.

Acaba de comenzar un nuevo curso escolar, y la nueva maestra no ha resultado de su agrado. Lo primero que ha hecho, en esta mañana, ha sido organizar a los estudiantes de su clase según la estatura de cada uno, y a Diana (extraordinariamente alta para su edad) le correspondería sentarse en el último pupitre. Se trata de la fila cercana a la pared del fondo, lo que tiene como principal inconveniente el tener que pedir permiso a siete de sus compañeros (desde Juyá hasta María Teresa) para poder salir de allí, de pie, y con sus propias piernas.



Ahora la pizarra solo puede verla como un lugar difuso en el que flotan algunos arabescos blancos, nacidos de la tiza y de la mano de su maestra. Diana se quitó los anteojos, se los volvió a colocar, los separó de sus orejas y sosteniéndolos con los dedos cuidadosamente, trató de mirar de nuevo; sacó su pañuelo y limpió los cristales, probó nuevamente y ningún cambio se produjo. Tímidamente entonces levantó su dedo, tratando de llamar la atención de la señorita Riñones, la maestra. Finalmente, ella pareció descubrir aquella manita en alto y, con un leve movimiento de cabeza, le concedió el derecho a exponer su queja. Diana se puso de pie y dijo:

—Señorita Riñones, desde aquí no veo.

La maestra, con cara muy seria, la miró y le contestó:

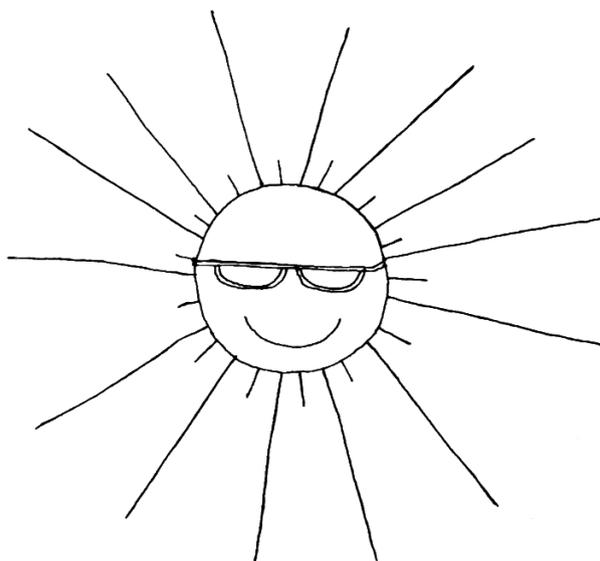
—Pues, hija, haga un esfuerzo y trate de ver.

Y con esta respuesta, se dio vuelta y siguió escribiendo y escribiendo garabatos en aquella superficie verde del pizarrón, a los que a Diana, cada vez más, le parecían paticas de pájaros y más tarde, paticas de zancudos.

Miraba, arrugaba la nariz, arrugaba los ojos y nada. Tanto así que no tomaba en cuenta la atención que en ella ponía en ese momento Juyá, un compañero de su clase, quien sin mayores palabras arrimó su propio cuaderno al lado del de Diana para que esta pudiera leer la copia de la señorita Riñones, allí bien cerca. Diana miró el cuaderno y después dedicó una gran sonrisa a Juyá; inmediatamente comenzó a tomar nota en el suyo mientras Juyá seguía copiando directamente del pizarrón.

Cuando Juyá terminó —porque la señorita Riñones ya había escrito todo lo que había querido—, muy silenciosamente, abrió su caja de creyones, y en una esquinita del cuaderno, en dos trazos, dibujó un sol. Era un sol radiante con muchos rayos de diversos largos; tenía una boca feliz, sonreidísima, y sobre los ojos de aquel sol, Juyá dibujó un par de anteojos, unos muy parecidos a los de Diana.

Diana terminó de copiar la última «a» de la palabra «Geografía», y descubrió el dibujo de Juyá. Entonces, roja como un tomate manzano, levantó sus pestañas y miró de nuevo a Juyá, pero él no la miraba; tenía la vista fija en la señorita Riñones, quien, en una lámina que mostraba el mapa de Venezuela, colocada a un lado del pizarrón, se empeñaba en señalar las montañas más altas de la cordillera andina.



La clase terminó. El abuelo Javier vino a buscarla a la puerta de la escuela.

Como todos los días, la tarde había transcurrido entre hacer su tarea y tomar su merienda de jugo y galleticas. Llegó la noche y todavía Diana pensaba en aquello del último pupitre al fondo de la clase, y en el dibujito de un sol con anteojos en la esquina del cuaderno de su amigo.

Ahora terminaba de servir el contenido de la cacerola, y se dedicaba a observar el conjunto formado por sus amiguitos peludos, saciando el hambre alrededor de los platos. En el patio de la casa, apenas alcanzaba a oírse el maullar de algunos gatos que todavía no lograban llegar a su objetivo y el afán de los otros degustando cada bocado con rapidez, cuando Diana, sin querer, comenzó a escuchar la conversación que salía por la ventana cercana. Indudablemente venía de la cocina, en la cual, Cleotilde, la joven que lavaba la ropa de la familia, intercambiaba opiniones con José, el jardinero.

Diana, en ese momento, sintió la pelambre de Tadeo en su pierna, se inclinó para acariciarlo y terminó cargándolo entre sus brazos, para caminar con él alrededor del patio que circunda toda la casa de su abuelo. La luna llena iluminaba los mazos de las enredaderas de trinitaria de diversos colores: rojas, blancas, rosadas; entre sus ramas, algunos gatos se esconden para reposar la cena reciente.

Pensando ahora en historias de piratas, Diana sube las escaleras de la casa, con Tadeo en sus brazos, dispuestos los dos a prepararse para entrar a la cama. Mañana será otro día.

## Capítulo II

En la mañana el abuelo Javier espera a la niña, pero Diana no aparece.

—Lucrecia, por favor, sube a ver qué pasa.

La madre sube las escaleras, extrañada. Ella también deberá salir pronto para su trabajo en la taquilla de la oficina de correos.

Diana no está en su habitación ni Tadeo tampoco.

—¡Diana!... ¡Diana!, ¿dónde te has metido? Se hace tarde...

Un ruido en la ventana llama su atención, sobre el techo del comedor. Está Tadeo cazando una traviesa lagartija, y al pasar al lado de unas latas, la caída de estas produce un enorme estruendo.

—Diana no puede estar lejos.

Por su parte, el abuelo Javier, cansado de esperarlas ante el volante de su camioneta, se baja y entra de nuevo a la casa para buscar a la muchacha en el patio trasero.

Efectivamente, Diana está sentada en las escaleras que se encuentran al final de la línea de cactus, que ha sembrado

José en orden de tamaño. Sentada sobre el muro de rojos ladrillos, con su bulto escolar al lado, Diana mira la superficie de las aguas del lago.

¿En qué piensa? En la señorita Riñones, en Juyá, en el lugar de su pupitre en el salón de la escuela, en la cordillera de los Andes, tan lejana, y en lo que pasará ahora con las próximas tareas escolares.

El abuelo ve la delgada espalda de su nieta y la punta de su «cola de caballo», y enseguida comprende que algo pasa, que no es igual a todos los días.

Camina, y se sienta a su lado. La niña lo mira con sorpresa.

—Bueno, señorita, ¿y qué es lo que le pasa en esta mañana tan bonita?

—Abuelo..., no tengo deseos de ir a la escuela.

—¿Y eso por qué?

—Porque no me agrada mi nueva maestra, y ahora estoy sentada al final, al fondo del salón, y...

—Y, y, y... estás comenzando un nuevo año escolar y te rodean cosas nuevas.

—Que no me gustan.

—Pero que pueden llegar a gustarte si les buscas la parte buena.

Diana entorna sus enormes pestañas y mira al abuelo entre asombrada y contrariada.

Tadeo, después de saciarse con su banquete, ha venido a recostarse en las piernas de la niña.

—Vamos, Diana; tu madre llegará tarde al correo y te llamarán la atención. A la señorita Riñones la encontrarás peor que de costumbre, si llegas después del timbre de entrada.

Diana suspira con profundidad antes de ponerse de pie y cargar su bulto. Ambos caminan en dirección a la puerta de la casa, en donde les espera la camioneta.

Se encuentran con Lucrecia, y el abuelo, para tranquilizar a Diana, finalmente le dice:

—Si sigues sintiéndote mal, tu madre podría dar una vuelta por la escuela y conversar con esa señorita Riñones ¡tan tenebrosa!

Esto último lo dijo con voz de película de terror, lo que hizo que Diana soltara una carcajada y Lucrecia pidiera que le contaran todo durante el camino.

Llegaron a la puerta de la escuela en medio de la algarabía de bocinas, autos mal estacionados, niños pequeños, muchachas y muchachos con sus libros a cuestas. Las maestras y los maestros, afanosos, procuraban que todos se formaran en filas, divididos por cursos. Ellos lo hacían sin perder el deseo de jugar; aquel mostraba su pelota nueva al compañero, esta niña empujaba a sus compañeros delante de ella, cayendo todos al piso entre risas, y llevando después una reprimenda de la maestra. Los pequeños del preescolar sorteaban sus lágrimas con el deseo de aprehenderse de las faldas de las mamás. En medio de tal movimiento, Juyá distinguió ¡por fin! la camioneta del abuelo de Diana y, sin hacer caso de la orden de fila, se acercó a recibir a la niña a la puerta del colegio.

—Mamá, ese niño es Juyá, del que te hablaba.

Lucrecia, a distancia, hace señas de saludo a Juyá; Diana le da un beso en la mejilla a su mamá y sale corriendo a reunirse con su amigo; juntos pasan a formar fila con sus compañeros.



## Capítulo III

Hoy es domingo. Diana ha invitado a Juyá para que venga con ella y su abuelo a pescar. Han ido al Paseo del Lago, y están ahora sentados en un banco organizando anzuelos, cañas y otros avíos.

En la camioneta han dejado la cava con la merienda. La madre de Diana, Lucrecia, prefirió quedarse en casa para hacer las cosas para las que no tiene tiempo durante la semana: organizar sábanas y cubrecamas, las gavetas de la cocina, las fotografías familiares y todo eso que nunca se termina de ordenar.

Diana está contenta de que Juyá haya venido. El abuelo y él también.

Preparan los anzuelos para pescar un jurel, un bocachico; se trata sobre todo de estar allí, conversando bajito para que los peces no se vayan, y si no pescan nada no importa porque han disfrutado del sol, de esas aguas y de los relatos del abuelo.

—Abuelo, ¿por qué no le cuentas a Juyá alguna historia de los piratas en el lago?

—Sí, señor Javier, me gustaría.

—Vamos a ver, primero los anzuelos al agua, ¡así!, eso está bien.

Juyá y Diana, a la orden del abuelo, lanzan sus anzuelos al agua y se acomodan disponiéndose a escuchar la historia que saben está por iniciar.

«Hace muchísimo tiempo, en el siglo diecisiete, este lago estaba lleno de barcos muy grandes, que iban y venían por sus aguas, de día o de noche.

»Estas tierras pertenecían a España, y la guarnición de soldados que vigilaban sus costas era, por supuesto, del Ejército español.

»Maracaibo era un puerto al que acudía mucha gente; el lago era una atracción para viajeros, para comerciantes, para gente que venía buscando un lugar donde establecerse y para aventureros.

»La piratería era una actividad muy frecuente por estos lugares, y varios piratas famosos se ocuparon de Maracaibo. Venían, atacaban el puerto y se llevaban todo lo que querían, porque eran sanguinarios y crueles, y se valían de maltratos y torturas para someter a la población. Henry Morgan fue uno de ellos...».

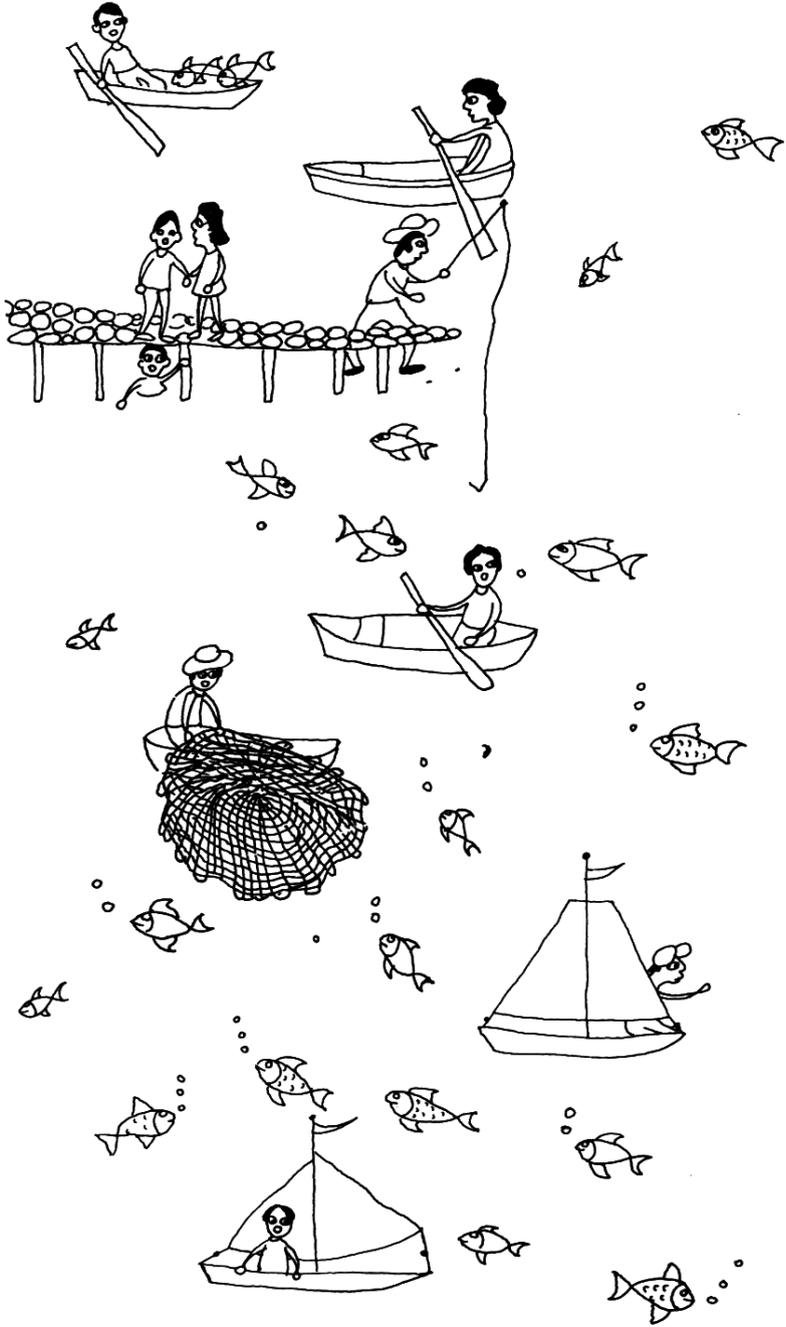
El abuelo se tornó repentinamente silencioso y su mirada se perdió en la inmensidad del lago. Diana, atrevidamente, rompió su actitud meditadora.

—Abuelo, y... ¿de dónde vino Henry Morgan?

—Sí, señor Javier, ¿de dónde era?

El abuelo se apresuró a complacer la curiosidad de los niños.

—Henry Morgan era un pirata inglés, uno de los más famosos por aventurero y audaz. Su padre fue agricultor en un pequeño poblado, pero a Henry no le gustaba el campo y solo soñaba con el mar, así que se fue al puerto y consiguió



embarcarse en una nave que recorrería el mar Caribe. En la isla de Jamaica y en la isla de La Tortuga, se reunían los piratas; en la primera había una ciudad llamada Port Royal, que en ese tiempo era apodada «el Paraíso de Satanás», porque allí se reunían bandidos y asesinos. Entonces Morgan conoció a los piratas que le enseñarían el oficio y la forma de vida de la piratería... Antes de él, a las aguas de este lago vino otro muy famoso, el filibustero...

—¿Qué es fi-li-bus-tero, abuelo?

—Es otra manera de llamar a los piratas, pero tenía como... una importancia, un rango. Henry Morgan fue designado en Jamaica almirante de los filibusteros, y eso lo llenaba de orgullo; a ese filibustero del que te hablo le decían el Olonés; era francés.

—¿Los piratas eran ingleses y franceses, abuelo?

—La mayoría. También venían de Holanda; hubo uno famoso llamado Mansvelt, al que Henry Morgan se unió un tiempo en hazañas de piratería.

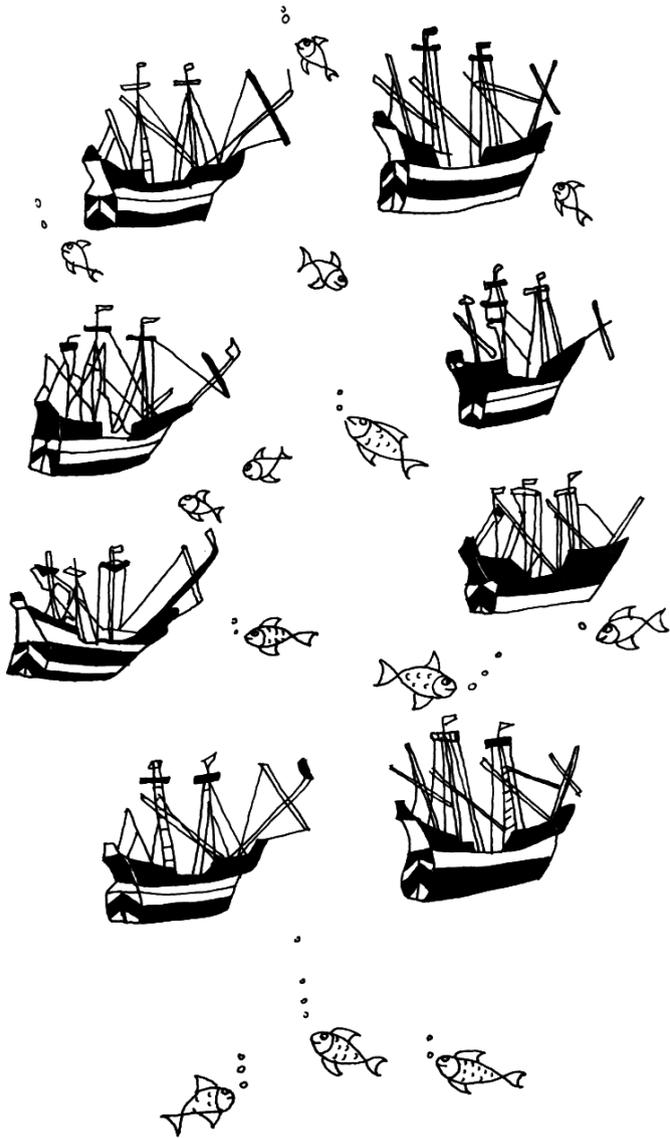
Juyá, quien había escuchado el relato con total atención, abriendo enormemente los ojos, dijo al abuelo:

—Y entonces, ¿qué es lo que hizo Morgan aquí?

—Pues Morgan venía desde las islas de Curazao y Aruba; allí los filibusteros se abastecieron de carne salada y agua para salir en su travesía. Traía ocho barcos muy bien apertrechados y medio millar de piratas. Entró al lago por allá.

Y el abuelo Javier levantó su mano derecha para indicar a los jovencitos la zona en que el mar se separa del lago, el lugar más angosto de la bahía, la barra de Maracaibo. Luego prosiguió su historia.

—Los ocho buques entraron por ese lugar. En el primero venían Morgan y Pedro Picardo al mando. Este Picardo era un pirata que antes había acompañado al Olonés en el asalto a Maracaibo, y servía de guía para dirigir la maniobra para



que los barcos pasaran la barra. Al llegar allí justamente, tuvieron problemas con la dirección de los vientos y eso los retrasó. Los españoles los habían descubierto, y el castillo, que era la fortaleza de defensa y que hacía de vigía para la ciudad, estaba situado en la isla Zapara. Desde ese castillo comenzaron a escucharse los disparos de cañón contra la escuadra de los piratas, cañonazo tras cañonazo. Los filibusteros, dada la dificultad de acercar los barcos a la ciudad pasando al lado del castillo, decidieron transbordarse a los botes y acercarse así al castillo para tomarlo. La artillería española disparaba también para avisar a la ciudad la cercanía del asalto pirata.

«Henry Morgan no quería retroceder un paso, a pesar del recibimiento. Los españoles, además de disparar, habían incendiado todas las cabañas alrededor de la fortaleza para hacer más difícil a los filibusteros el acercamiento al castillo.

»A eso de las seis de la tarde, se hizo el silencio. Se acabaron los cañonazos, y empezó a reinar una calma extraña que llamó la atención de los piratas. Estos se fueron acercando a los muros de la fortaleza, desembarcando de los botes; caminaban con mucha cautela, esperando que les dispararan. Pero nada ocurrió. Entraron al castillo y descubrieron ¡que había sido abandonado! A Morgan no le gustaba nada aquello y sospechó que era una treta de los españoles, quienes podrían haber colocado una mina para hacerlos volar a todos. Y no se equivocó. Descubrieron mechas encendidas por todas partes, con regueros de pólvora suficientes para volver pedazos hasta a la isla misma, pero tuvieron el tiempo suficiente para apagarlas con rapidez usando sus manos, sus zapatos o lo que tuvieran cerca. Al quedar fuera de peligro, se apoderaron de todo el armamento que allí consiguieron: dos mil libras de pólvora de cañón y mil de pólvora de mosquete, catorce cañones montados de a ocho, doce y veinticuatro granadas; potes de metralla, ochenta mosquetes, treinta picas y otras tantas bandoleras.

»Ya no quedaba más, después de las celebraciones, que ir rumbo al asalto de la ciudad de Maracaibo, y así lo hicieron.

»Al llegar frente a la ciudad, al principio tuvieron dudas y pensaron que la ciudad se defendería, puesto que vieron a varios jinetes a lo lejos, en la orilla; por lo tanto, decidieron anclar en un lugar apacible y alejado para efectuar el desembarco. Mientras se acercaban al puerto, la escuadra pirata estuvo cañoneando un bosquecillo cercano, en el cual veían sobresalir algunos resplandores; temían alguna emboscada.

»Pero resulta ser que los habitantes de Maracaibo habían sido avisados de la llegada de los piratas tres días antes y habían huido a esconderse, llevándose sus pertenencias más importantes y el abastecimiento. De manera que Henry Morgan y sus filibusteros apenas consiguieron algo de comer al asaltar la ciudad».

—¿Y entonces qué hicieron? —preguntó Juyá.

—Por supuesto que Morgan no podía quedarse contento con aquello, pero... ¿qué les parece si antes de continuar la historia nos «abastecemos» nosotros, y vamos a la camioneta por nuestra «provisión de víveres»?

—¡Ah, sí! —contestó Juyá—. Tengo mucha hambre.

—¡Abuelo, abuelo, ayúdame! —le llama Diana, quien parece muy afanosa sosteniendo su caña de pescar.

El abuelo, presuroso, la ayuda y de un solo tirón levanta, sacando del agua el nuevo botín.

—Es un bocachico, ¡felicitaciones!

—Mamá lo puede hacer relleno, quedará muy sabroso.

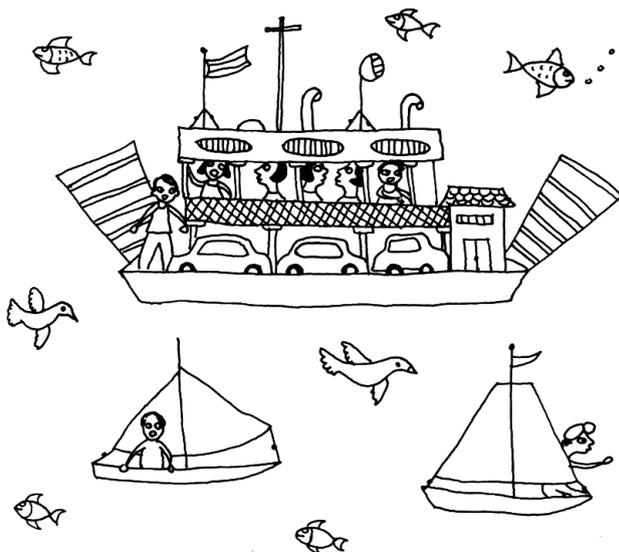
—Lo guardaremos en la cava con el hielo. Vamos a buscar nuestro almuerzo y después continuaremos con Henry Morgan y sus secuaces.

Con verdadero entusiasmo los tres se dirigen al estacionamiento del parque, mientras Diana no deja de mirar triunfante el resultado de su pesca.



## Capítulo IV

Cada uno, con su empanada de cazón en una mano y un refresco en la otra, contempla silenciosamente el paisaje del lago. El barco carguero que traslada el petróleo pasa con su proa enorme, surcando las aguas como una gran señora que viera a los pequeños a distancia: algunas lanchas pesqueras y un yate de paseantes ocupan el azul de las aguas de ese horizonte.



Juyá termina de comer rápidamente y voltea a mirar al abuelo, quien ha traído un termo con café y se sirve en un vasito.

—Abuelo, ¿y qué hizo Henry Morgan?

El abuelo Javier sonríe abiertamente y pasa sus dedos por entre los cabellos del niño.

—¡Ajá! Estás aprendiendo a decirme abuelo tú también.

Juyá baja la mirada con timidez y se dispone a escuchar la continuación de la historia.

—Como les decía, Henry Morgan no se quedaba así. De manera que envió a cien de sus hombres a revisar los alrededores buscando prisioneros y, efectivamente, después de mucho buscar por aquí y por allá, encontraron algunos, mujeres, niños y ancianos, sobre todo, que no habían podido trasladarse con el resto de la población. Con estas personas encontró también treinta mulas cargadas de mercancía. A todos los torturaba para que confesaran dónde escondían sus bienes y para averiguar dónde estaba escondido el gobernador. Hubo un prisionero, quien después de que lo hicieron sufrir mucho les prometió indicarles el camino, seguramente para que no lo maltrataran más, y como el pobre diablo los tuvo dando vueltas durante dos días por lugares que él mismo no conocía, con la única esperanza de escaparse, al darse cuenta de ello, los piratas decidieron ahorcarlo y lo hicieron en la primera oportunidad que tuvieron.

«Pues viendo que nada más conseguía, y estando inconforme con el botín, Morgan decidió seguir el consejo de Pedro Picardo, quien lo incitaba para continuar vía a Gibraltar para asaltar esa plaza.

»Aquello fue terrible. Morgan organizó su flota y llegó a Gibraltar, en donde Picardo insistía en que allí se habían refugiado todos los ricos. Desembarcaron lejos de la población, para atacar a los españoles por la retaguardia, pero

nuevamente se consiguieron con un pueblo abandonado y se apoderaron de lo que había allí».

—¿Igual que en Maracaibo? —señaló Diana.

—Sí, y de la misma forma Morgan se dedicó a buscar prisioneros para interrogarlos. Los encerraban en la iglesia, se les amarraba a las columnas y les daban muy poco alimento, apenas para sobrevivir. No quiero relatarles todas las cosas crueles que aquellos piratas fueron capaces de hacer. Robaban todo lo que consideraban que podía ser de valor: oro, plata, joyas, provisiones y hasta las enormes campanas de las iglesias.

«Después de estar allí cerca de cinco semanas, Morgan decidió regresar a Maracaibo. Entonces tomó como rehenes a las mujeres y se comprometió a devolverlas y a no incendiar la ciudad si le pagaban el rescate».

—¿Y cuánto era el rescate? —preguntó Diana, intrigada.

—Se dice que fueron veinte mil pesos en oro y quinientas vacas para alimentar a los filibusteros.

—¿Y se los dieron? —alcanzó a interrogar Juyá.

—Ya verás. Lo primero que encontró Morgan, al regresar a Maracaibo con su flota, fue que los españoles se habían organizado; ya tenían de nuevo en su poder el castillo, con nuevos cañones, y alrededor de toda una flota de artillería pesada. Los buques de Morgan no venían preparados para esto y, al solo acercarse a la barra, recibieron una lluvia de cañonazos. Viéndose en peligro, Morgan decidió entrar en negociaciones con el almirante español, quien se llamaba don Alonso del Campo. Para ello envió un mensajero, pero don Alonso no quiso entrar en conversaciones y le mandó como respuesta la exigencia de su total rendición.

«A los piratas no les gusta rendirse; prefieren dar la pelea y para ello se valen de algunas artimañas. Tal fue lo que usó Henry Morgan en esa ocasión».

—¿Un truco de piratería? —exclamó Juyá.

—Así es —afirmó el abuelo—. Un truco de piratería. Todo el que viera aquella flota golpeada de Henry Morgan, no se habría imaginado lo que ocurrió.

El abuelo, sentado en el suelo, tomó algunas rocas pequeñas y las colocó como si fueran las embarcaciones de Morgan; otras como los buques españoles y otra mayor, la isla de Zapara; enfrente situó a la ciudad.

—Bueno, véanlo bien. Los piratas, cuando se veían vencidos, recurrían a este truco: sacrificaban a uno de los barcos de su flota. Escogían un barco menor, lo llenaban de materiales inflamables, explosivos, y colocaban en él a unos pocos de sus hombres, y lo acercaban entonces a la flota enemiga...

El abuelo tomó una piedrecita simulando ser el barco camuflado y lo colocó cerca de uno de los supuestos de la flota española.

—Se acerca a la nave almiranta y entonces los piratas encienden las mechas, se lanzan al mar, y el barco explota incendiando y haciendo volar también al buque enemigo.

—¡Increíble! —dijo Juyá.

—Pero así ocurrió. Voló la nave de los españoles que comandaban la flota y con esa pérdida tan fuerte se desorganizó la defensa. De ese modo, Morgan volvió a saquear la ciudad aun frente a unos cien soldados que intentaron defenderla. Obtuvo los veinte mil pesos de oro y las quinientas vacas para su gente; situó su escuadra alejada del puerto central, y se dice que en una noche de poca luna, antes de partir, lo vieron enterrar un tesoro por estas costas.

—¿Eso es cierto, abuelo?

El abuelo no contestó la pregunta de Diana. Estaba ocupado recogiendo los avíos de pesca y como distraído en sus pensamientos.

—¿Tú qué piensas, Juyá?

Juyá miró a la niña y se levantó de hombros:



—¿Cómo se sabe?

Todos caminaban hacia el estacionamiento, y Diana pensaba, pensaba intensamente en esos buques de Henry Morgan y en cuál orilla de toda la bahía podía estar oculto ese tesoro.

\* \* \*

Esta mañana, en el salón de clases, todos tienen su mirada puesta en la señorita Riñones; ella señala en el mapa las islas que flotan aquí y allá en las inmediaciones del mar Caribe.

Su vara larga se pasea por el azul de aquel dibujo colgado sobre el pizarrón. Mientras muestra las islas va comentando:

—Este es el archipiélago de Los Roques, esta isla es La Blanquilla..., esta, en cambio, es la isla de Los Hermanos... y esta otra es La Tortuga.

Diana está muy atenta, con la punta de su lápiz colocada en la primera línea de la página en blanco de su cuaderno de Geografía. Su mirada no se separa de ese mar Caribe tan azul y los puntos oscuros que la señorita Riñones les identifica.

De repente, una idea flota en su cabeza: esa isla de La Tortuga, ¿no es acaso la isla que le ha nombrado el abuelo Javier tantas veces? ¿No es esa una de las islas de los piratas?

La señorita Riñones proseguía con su explicación:

—La isla de La Tortuga es, después de la isla de Margarita, la segunda más grande de Venezuela. Su altitud máxima es de cuarenta metros sobre el nivel del mar. Al estudiar la fauna nos encontramos con que, en investigaciones realizadas desde hace muchos años, se ha descubierto la presencia de gatos grandes, de cola corta y color ocre negruzco, en estado salvaje.

—¡Y hay gatos! —exclamó Diana, sin percatarse del volumen que había tomado su voz.

La maestra, quien de inmediato perdió la atención en el mapa y pasó a concentrarla en la niña, le dirigió a esta una fría mirada, mientras Diana mantenía su tímida sonrisa, desde el fondo del salón.

—¿Qué ha dicho usted, González?

La niña se arregló, ajustándolos, los anteojos, y se puso de pie. La maestra la observaba con cierto asombro.

—Dije: ¡y hay gatos!

Al escuchar esto, los niños, en todo el salón, irrumpieron en una sonora carcajada. La señorita Riñones los miró con seriedad, como exigiéndoles compostura y luego, cuando el silencio se hubo recuperado, volvió su mirada sobre Diana.

—Sí, gatos hay, ¿y qué tiene eso de particular?

La niña la miraba y por un momento en su cabeza pasó como un rayo una extraña relación: se le ocurrió que la señorita Riñones se parecía a Dino, cuando algún gato hacía algo gracioso que ella celebraba; entonces el perro no tenía más remedio que adoptar una actitud entre condescendiente y desaprobatoria, lo que resultaba bastante complicado. Los niños se habían reído, y ahora toda la atención del grupo estaba allí, en esa conversación entre ellas, ¡y todo por unos gaticos!

Diana vaciló antes de contestar.

—Es que... a mí me gustan mucho los gatos, y... mi abuelo me ha contado que esa isla de La Tortuga era importante para los piratas.

La maestra la miró esta vez con cierta curiosidad, y suavizó su expresión esta vez al contestarle:

—La isla a la que se refiere tu abuelo no es esta; hay otra isla de La Tortuga, queda en otro lugar, es de Haití.

La maestra, después de decir esto, se acercó a su silla tras el escritorio y se sentó, emitió un hondo suspiro y guardó silencio. Diana, sin saber qué hacer, dijo muy bajito:

—Gracias —y luego se sentó.

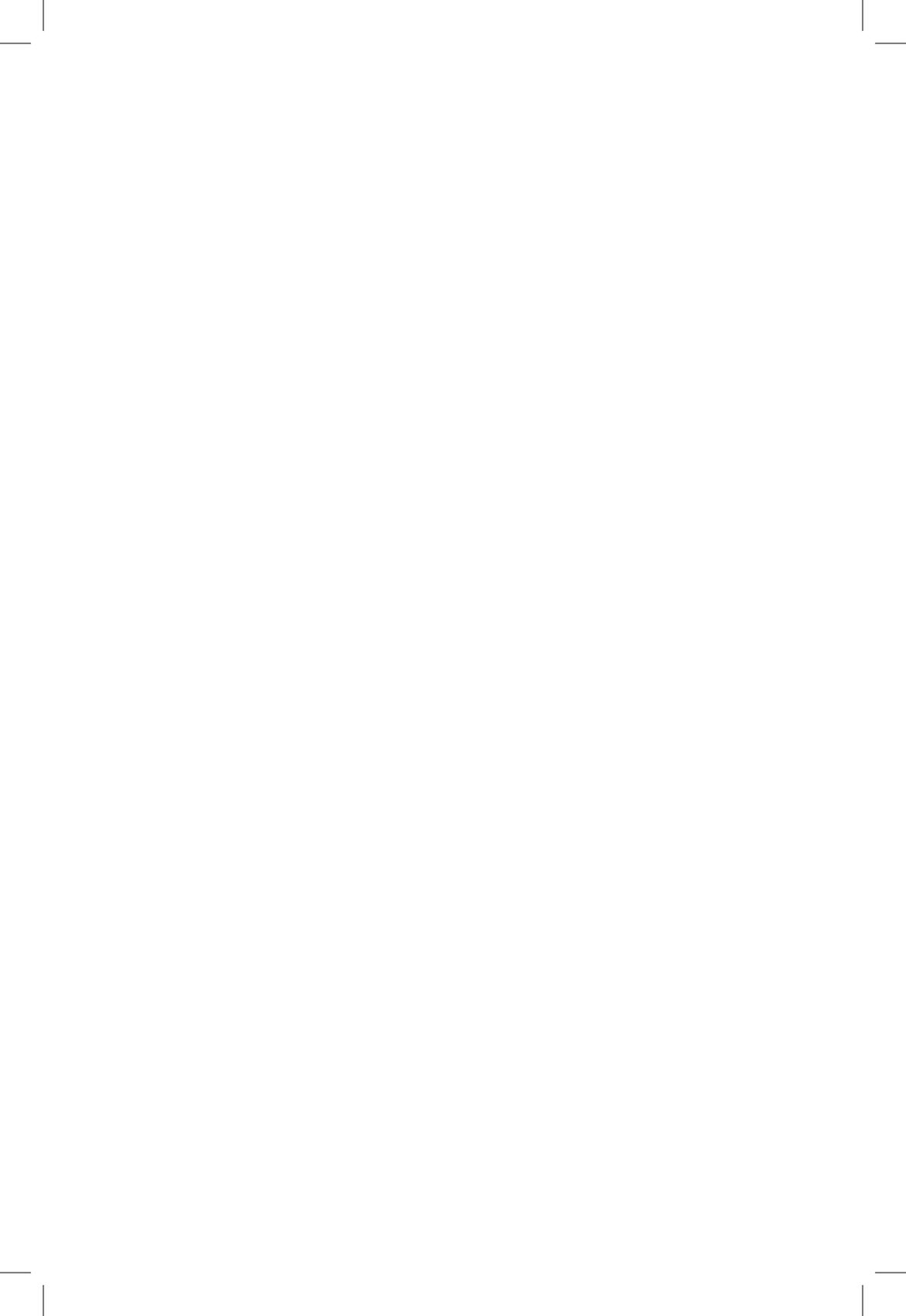
La señorita Riñones por fin abrió la boca nuevamente:

—Niños, pueden salir al receso.

El grupo fue saliendo del salón vía al patio de recreo, y cuando le tocó su turno a Diana, la maestra la detuvo:

—González, quédese; quiero hablar con usted.

—Sí, señorita—dijo la niña con cierto temor, quedándose de pie cerca de la puerta del salón.



## Capítulo V

—Diana —dijo la señorita Riñones, y Diana se sorprendió al ser llamada por su nombre y no por su apellido, como era la costumbre en la maestra—. Siéntate aquí, por favor.

La expresión de la maestra pretendía ser atenta y dulce. Diana obedeció y se sentó en un pupitre de la primera fila; la señorita Riñones acercó su silla.

—Cuéntame, Diana, ¿y qué otras cosas dice tu abuelo?

Diana sintió cierto nerviosismo que le impedía contestar con naturalidad.

—Bueno, él... me cuenta historias de piratas, de Henry Morgan..., del Olonés y de otros.

—¿Y qué cosas dicen esas historias?

Diana se removía en el pupitre con incomodidad.

—Hablan de viajes y asaltos a ciudades y...

—Diana —volvió a decir la maestra—, tu abuelo debe ser una buena persona, pero...

En ese instante, Diana tuvo un sobresalto; trataba de mantener los ojos levantados mirando a la maestra.

—Hija, tú no puedes creer todo lo que te dicen —afirmó la señorita Riñones.

La niña la miraba muy seria, sin responder.

—Todo eso son inventos de la imaginación —insistió la señorita Riñones con un aire de suficiencia.

Diana siguió guardando silencio, y ante un «¿Entiendes?», se limitó a pronunciar un «Sí, señorita Riñones».

—Ahora, puedes salir al recreo.

Hubo otro «Sí, señorita Riñones», y Diana se puso de pie. Rápidamente, estaba al otro lado de la puerta del salón.

En el patio de la escuela sus compañeros se reunían en grupos diferentes aquí y allá; unos saltaban la cuerda, otros jugaban con una pelota, otros distraían a los conejos del criadero, otros conversaban alrededor de los filtros para tomar agua.

Diana encontró a Juyá sentado en un banco frente al huerto de las zanahorias y las papas. Él parecía estarla esperando.

—¿Qué te dijo? —preguntó Juyá mientras Diana se sentaba a su lado.

Diana suspiró.

—Que ella no cree en las historias de los piratas..., pero yo sí.

—Y yo también —le confirmó Juyá con una sonrisa gigantesca.





## Capítulo VI

Diana acaba de apagar el televisor, está en el sofá y Tadeo adormece a su lado. Ella se ha quedado con las últimas escenas de «la isla del tesoro» en la cabeza, mientras acaricia suavemente la piel gris de su gato y observa el contorno negro de sus orejas, brillantes bajo la luz de la lámpara. Diana, acostada boca abajo, deja balancear sus piernas, mientras piensa en el terrible Henry Morgan y en el tesoro enterrado en alguna costa cercana a esta orilla del lago.

Por una ventana escucha las voces de José y Cleotilde en el jardín, como un murmullo entrecortado.

Dos ideas se cruzan de pronto en su cabeza: por un lado, piensa en el maestro de Geografía de la escuela, el maestro Claudio, siempre rodeado de libros, mapas, planos, fotografías, plantas y animalitos. El maestro Claudio, con su cabello tan negro siempre desbordado sobre su frente; él podía escucharla y hasta ayudar en la empresa del tesoro, que bien sabía Diana que, más que el tesoro, se trataba de la necesidad de probarle a la señorita Riñones que estaba equivocada.

El maestro seguramente revisaría sus libros de historia, buscaría entre papeles viejos y nuevos, y a lo mejor le daba una buena pista.

La otra idea era, quizás, más atrevida. A Diana se le ocurría que podía preguntarle a José y a Cleotilde por la hechicera que ellos conocían, y era probable que, con sus poderes mágicos, ella también tuviera alguna forma de acercarla a lo que deseaba. Esto último se le ocurría como una travesura más que como un propósito serio.

Tadeo, totalmente despierto en ese momento, y como si pudiera leer los pensamientos de la niña, la miraba con ojos extrañados, ladeando la cabeza de un lado y del otro. Diana estalló en una carcajada y lo abrazó acercándolo a su pecho.

—No, gatico, no te preocupes; es solo una idea un poco loca.

Y luego se quedó un poco abstraída pensando en esa posible visita al maestro Claudio...

## Capítulo VII

Aprovechando la media hora de recreo escolar, Juyá y Diana se han acercado a la oficina del maestro de Geografía. Tocan con suavidad la puerta entreabierta y al no recibir respuesta deciden entrar. En esa habitación abundan, colgados de las paredes, mapas extendidos o enrollados, enormes fotografías de paisajes del país: una catarata, el río, la montaña, una cueva. Sobre una mesa hay varios libros abiertos que parecen estar allí esperando ser revisados de un momento a otro. Los estantes, con otros libros de diversos tamaños y colores, muestran también una colección de cactus pequeñísimos y una gran pecera llena de innumerables pececitos juguetones que no cesan de moverse.

Al fondo descubren al maestro, concentrado en la pantalla de su computadora.

Diana y Juyá intercambian una mirada, y decididos avanzan hasta el lugar del maestro. Diana lo saluda:

—Buenos días, maestro Claudio.

Claudio, por algunos instantes más, detiene sus ojos en la pantalla de la computadora y luego gira su silla para recibir con jovialidad a los niños.

—Diana y Juyá, ¿qué les trae por aquí?

—Maestro —se adelanta a decir Juyá—, queremos hacerle una consulta.

—¿Una consulta?

El maestro se pone de pie como de un salto y con mucha energía continúa el diálogo con los niños, haciéndoles señas de que se dirijan a los libros colocados sobre la mesa; les ofrece sillas cercanas a esta.

—Sí, es una consulta de historia —dice Diana.

—Suena muy interesante —aseveró el maestro, a quien ya se le veía curiosidad por el asunto.

Las miradas entre Juyá y Diana se producían una y otra vez poniendo en evidencia el interés que tenían los niños por explicar las cosas de manera correcta, para conseguir el apoyo de Claudio.

—Resulta ser —comenzó a decir Diana— que mi abuelo, usted lo conoce...

—Sí, por supuesto, quién no conoce a don Javier —recalcó el maestro.

—Bueno, mi abuelo me cuenta siempre las historias de los piratas en el lago. Y la señorita Riñones...

—No las cree —completó Juyá, redondeando las palabras de Diana.

Una pícara sonrisa dejó al descubierto el maestro, señalando con ello lo elemental que le resultaba aquello; el que la señorita Riñones no creyera en historias de piratas parecía ser tan lógico como que dos y dos sumaban cuatro.

—Pues ¿y dónde está el problema?

Claudio se estiró un poco en la silla y pasó a inclinarse de codos en el escritorio. Una vez más, Diana y Juyá se miraron.

—Yo quiero que la señorita Riñones se dé cuenta de que las historias de piratas son verdaderas.

Claudio miró a la niña con una sonrisa de comprensión, afirmó con la cabeza como pensando en algunas otras incredulidades de la maestra, que quizás él había tratado de resolver sin resultado alguno, o eso se le ocurrió a Diana dada la profunda actitud de comprensión que el maestro expresaba.

—Vamos a ver si entiendo bien. ¿Para ti es importante que la maestra crea historias de piratas o que te crea a ti?

—Las dos cosas están juntas —dijo Diana muy seria.

Claudio se incorporó de nuevo en la silla.

—¿Y cómo quieres que te ayude?

—Quisiéramos saber si los libros hablan de esas historias de las que cuenta el abuelo —esta vez fue Juyá el de la seriedad.

El maestro se puso de pie con energía, como siempre lo hace, y se dirigió a un estante de la biblioteca, cerca de la pecera.

—Claro que sí. Aquí mismo puedo mostrarles muchos libros que nos hablan de esos viajes y de esas hazañas; vean estos títulos: *Piratas en el Caribe*, *Historias de corsarios y bucaneros*, *El corso marítimo*, *Una historia de la isla de La Tortuga*, *Historias de bucaneros en América...*

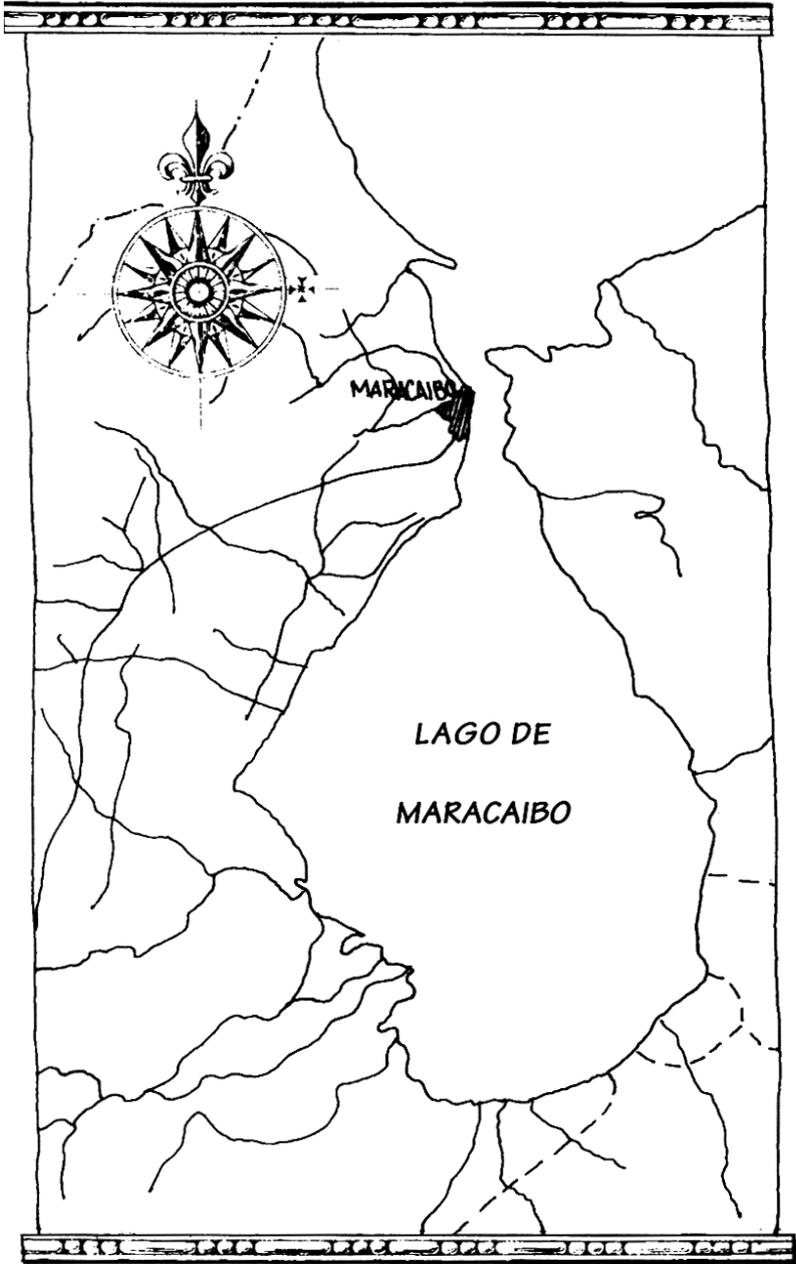
A medida que los nombraba los iba colocando sobre los otros en la mesa, al punto en que cuando se dio vuelta, aquella era toda una montaña de libros.

Los ojos de Diana y Juyá expresaban alegría y asombro.

Juyá preguntó:

—¿Hay mapas del lago de Maracaibo donde podamos seguir la ruta de los piratas?

—Por supuesto, Juyá—dijo Claudio, al punto en que descolgaba de una pared un enorme mapa con todo el contorno azul del lago, lo llevaba sobre la mesa y se disponía, no sin antes colocarse sus anteojos, a enseñar a los niños lo que ellos le pedían.



Alrededor de la mesa estuvieron entonces Diana y Juyá observando y siguiendo la ruta de Henry Morgan, como si su escuadra de buques fuera el mismísimo dedo del maestro Claudio, atravesando las aguas del lago de Maracaibo. Y cuando sonó el timbre de regreso al salón de clase los dos amigos no lo escucharon; solo lo recordaron a la hora de la salida porque el ruido que armaban todos en la puerta cuando los venían a buscar era imposible no escucharlo. De manera que el maestro tuvo que acompañarlos hasta el salón a retirar sus bultos escolares y a disculparlos ante la señorita Riñones, alegando que Diana y Juyá se habían quedado con él aclarando algunas dudas de la clase de Geografía. Y cuando todos se despidieron había entre ellos y el maestro una brillante mirada de complicidad.



## Capítulo VIII

El asunto con el maestro Claudio había resultado muy productivo. Juyá y Diana terminaron por trazar ellos mismos un plano, con base en las indicaciones del maestro y de algunos libros consultados en conjunto. En el dibujo del lago de Maracaibo habían colocado todas las islas e islotes, habían situado el castillo en Zapara y habían estudiado las posiciones de las islas de Toas y San Carlos.

Ahora, con el pretexto de venir a realizar sus tareas con Diana, Juyá estaba en casa, y ambos amigos discutían en cuál de estas islas podía haber enterrado el tesoro el filibustero Henry Morgan, en caso de no haberlo hecho a la orilla de la mismísima ciudad.

Juyá apostaba a la posibilidad de que fuera a orillas de la playa en tierra firme, y Diana a que debía haber ocurrido en la isla de Toas.

En eso estaban cuando la voz de Cleotilde, cantando en el patio, le recordó a Diana su otra ocurrencia: la de visitar a una hechicera. Ahora no sabía si comentárselo a Juyá, pero él era su amigo y seguramente la acompañaría.

Juyá no tomó la noticia con sorpresa, le parecía algo natural y posible, y eso tranquilizó a Diana. Él era parte de la etnia de los wayuu, aunque vivía en la ciudad, iba a una escuela **alijuna\***, y muchas de sus costumbres habían cambiado.

—Tú quieres hablar con una piache; ellas son las que tienen poder y conocen a Pulowi.

—Las piaches, ¿son las hechiceras? —preguntó Diana con curiosidad.

—Son las que se pueden comunicar con los espíritus. Ellas tienen sueños. En los sueños, Pulowi, que es todo lo mágico, lo que no sabemos, ayuda a que ellas vean cosas que pueden suceder.

—Me gustaría hablar con una piache —insistió Diana.

Los niños sacaban del refrigerador lo necesario para la merienda mientras tenían esta conversación. Sobre la mesa habían colocado mermelada y mantequilla, pan tostado, leche y jugo de frutas.

Tadeo y la Peluchina, atraídos por el olor, ya rondaban el lugar. Diana, suavemente, los fue conduciendo a un plato con algunas galletas para gatos, que había colocado en el piso. Luego regresó con Juyá y ambos se sentaron, animados, a disfrutar de aquello.

—¿Hace mucho tiempo que vives en la ciudad? —preguntó la niña a su amigo.

—No, creo que todavía no vivo aquí; es... es como si tuviera dos casas.

—¿Y cuál es la otra?

—Es un lugar de la Guajira que se llama Karemé.

—¿Podemos ir allí? —preguntó Diana.

Juyá se quedó pensativo. Seguramente no se imaginaba a la niña en ese lugar, pero sintió en su corazón que le gustaría

\* ALIJUNA. Nombre que dan los wayúu a los extranjeros.

que ella fuese allá. Diana tenía como pretexto la necesidad de conocer de cerca a la piache, pero al mismo tiempo tenía una gran curiosidad por ese mundo de los wayuu, al que pertenecía Juyá. Estaba acostumbrada, desde muy niña, a ver a los wayuu en la ciudad: las mujeres con sus trajes muy amplios, de muchos colores, inflados por el viento. Muchas veces las había escuchado hablar en esa lengua sonora de palabras cortas. Ahora le gustaría de verdad saber algo más.

—Mi tío tiene un camión —alcanzó a decir Juyá.

—¿Y entonces? —preguntó Diana.

Pero Juyá guardó silencio. Diana acariciaba a Tadeo y pensaba que Juyá estaba desarrollando algún plan para ir a ver a la piache primero y para ir a buscar el tesoro después, así que no quiso sacarlo de su silencio ahora y se dedicó a jugar con Tadeo y a mirar los barcos cargueros que en ese momento atravesaban la barra del lago.

Juyá, finalmente, le dijo:

—¿Podemos ir el sábado? Mi tío no tiene mucho trabajo ese día y juega conmigo.

—Yo hablaré con mi mamá.

Diana dijo esto último con duda. Dentro de ella se preguntaba cómo iba a decirle a Lucrecia que estaba desarrollando un plan para ir a la búsqueda de un tesoro que había enterrado Henry Morgan por estas tierras, y que ella quería probarle a la señorita Riñones que los piratas sí habían existido. Su mamá se iba a quedar perpleja. Entonces decidió pensarlo mejor durante la noche. Trazaría un plan para que no se fueran a preocupar ni el abuelito ni su mamá.

Juyá, que tampoco estaba al tanto del desarrollo de su pensamiento, a todo esto, había buscado una pelota de las que rodaban por la casa para distracción de los gatos, y estaba muy entretenido tirándola a la Peluchina. Diana se incorporó al juego.



## Capítulo IX

Diana esperó toda la semana. Y el viernes, durante el almuerzo, teniendo al abuelo y a la mamá reunidos, decidió hablarles de su viaje. Como temía que la historia del tesoro no fuera a ser aprobada, habló de la familia de Juyá y de su deseo de ir a Karemé.

A Lucrecia le resultaba un poco complicado el asunto y no terminaba de conceder su visto bueno, hasta que de repente el abuelo se propuso como conductor en su propia camioneta hasta el pueblo de El Moján, que resultaba el lugar más próximo a la vía que llevaba a la tierra de los wayuu.

Por otra parte, Juyá le había contado a Diana que José, el jardinero, era amigo de su tío, y que este podía informarles a todos acerca del lugar.

La niña había hablado de antemano con José, y este, al ser llamado por Lucrecia y el abuelo, no solo dio referencias, sino que se ofreció a acompañarlos hasta el final del viaje. Como a José lo conocían desde hacía muchos años, Lucrecia ya no encontró motivos para negar su permiso y, finalmente, lo aprobó.

El abrazo de Diana fue tan fuerte y su beso tan sonoro que hasta terminaron bailando las dos, y aquello parecía una fiesta de lo alegres que se sentían.

## Capítulo X

El sábado muy temprano, Diana se levantó de la cama. Había dejado su ropa dispuesta para vestirse rápidamente. Se duchó, se vistió, se peinó. Tadeo la miraba curioso desde la cama, ladeando la cabeza. Hasta un sombrerito había seleccionado la niña para completar su vestimenta.

Se miró en el espejo finalmente, sonrió, tomó un bolsito que contenía, entre otras cosas, una cámara fotográfica, regalo de Lucrecia en su cumpleaños pasado.

Todavía sobre el horizonte del lago podía contemplarse, en el cielo, una franja multicolor que va desapareciendo a medida que el sol sube hasta su centro.

La mañana resultaba muy fresca y se oía el trinar de los pájaros internados entre las ramas del cují.

Diana bajó las escaleras pausadamente; Tadeo venía tras ella.

En el comedor encontró al abuelo hojeando los periódicos de la mañana, y ya en disposición para la salida. Lucrecia terminaba de colocar sobre la mesa las arepas, la mantequilla y el queso.

Diana saludó a ambos con un sonoro «Buenos días».

—Buenos días; ¡qué bonita está mi nieta esta mañana!

—Buenos días; mira cómo estás lista desde tan temprano.

Ojalá fuera igual los días en que debes ir a la escuela.

Diana sonrió con el comentario de su mamá y fue a abrazarla por la espalda, entre avergonzada y divertida.

—Vamos, niña, vaya y siéntese a tomar el desayuno, que el abuelo está ansioso por salir —le dijo la madre.

Diana obedeció y tomó asiento al lado del abuelo.

Conversaban con cordialidad, viendo cómo se derretía la mantequilla al tocar la superficie caliente del interior de las arepas; el café con leche humeaba.

Llegaron Juyá y José. Los comensales se pusieron de pie y ofrecieron desayuno a los que entraban. Mientras, el sol comenzaba a asomarse.

La franja multicolor sobre el horizonte del lago había desaparecido.

En minutos, todos estaban en la puerta de la casa y el abuelo abría la de la camioneta. Fueron entrando y acomodándose mientras se despedían de Lucrecia.

Al tomar la carretera sintieron que el sol iba paulatinamente aumentando su luz y su calor.

Se adentraban en el camino cuando Diana preguntó a Juyá acerca del significado de su nombre.

Juyá le contestó:

—Mi nombre viene de algo sobrenatural, también es lluvia.

Diana se quedó pensativa mirando el paisaje desde la ventanilla de la camioneta: una sucesión de cactus, cujíes, una tierra roja y árida, un sol del desierto sobre ellos.

De repente, una cabecita se asomó por el borde del bolso de tela que llevaba Diana sobre sus piernas, y sin que la niña pudiera evitarlo, Tadeo salió y de un salto colocó sus patas sobre el respaldo del asiento delantero. El abuelo descubrió

así la presencia del gato, cuya participación en este viaje había sido prohibida.

—¡Diana! ¿Qué es esto? Habíamos quedado en que Tadeo no venía.



—Pero, abuelo, Tadeo no va a molestar.

—Tú no lo sabes; ni tú ni él conocen estos lugares.

—Por eso lo traje, para que conociera.

—Pues no está bien que me hayas engañado.

El abuelo la miró con reproche y guardó silencio un largo trecho del camino.

Juyá, viendo la cara compungida de su amiguita, quien ya había recogido a su gato y lo colocaba sobre el asiento entre los dos, alargó su mano y acarició el lomo de Tadeo, mostrándole complicidad, a lo cual ella respondió con una sonrisa.

José trató, de inmediato, de conversar con don Javier, hablando de la sequía que azotaba la tierra, para distraerlo un poco de su molestia con la niña, y poco a poco el abuelo fue recuperando su humor, sobre todo al descubrir una bandada de garzas blancas que señalaban la cercanía del mar en el camino.

Terminando la mañana llegaron al pueblo de El Moján. Diana había estado otras veces aquí, con su abuelo, bañándose en una playa cercana, una de las pocas en las que todavía estaba esto permitido, porque la contaminación no había hecho estragos en ella.

Enseguida se reanimó al reconocer el lugar.

Le dieron una vuelta a la población; en el muelle sonaba una música estruendosa que salía de unas cornetas, como pantallas sonoras, colocadas por un comerciante cuyo negocio estaba bastante cerca, lo que servía para hacer propaganda al lugar.

El muelle había sido el sitio fijado para el encuentro con el tío de Juyá, a quien José conocía.

Inmediatamente lo ubicaron. Estaba esperándolos, recostado de la puerta de su camión.

Una sonrisa amplia y el mismo tono de piel de Juyá y José, los ojos pequeños y rasgados, ancho de espaldas y de pelo lacio cayendo sobre la frente; vestía una camisa de mil colores y pantalones de género grueso. Se acercó al reconocerlos y los saludó con afecto, sin muchas palabras.

José presentó al abuelo Javier y entraron en conversación de adultos, mientras Diana y Juyá se acercaban al muelle a mirar las embarcaciones que salían vía a las islas de San Carlos y Toas.

Cuando se despidieron, don Javier insistió con José en que cuidara mucho a su nieta, y se la encomendó a nombre de todos los años de amistad y relación que había entre él y la familia. José lo tomó como un voto de confianza e insistió en que podía confiar en él.

Diana y su abuelo se despidieron con un gran abrazo, y la niña estuvo mirando la camioneta hasta que se perdió de vista.

Luego Juyá y Diana subieron al camión junto a Ramón, que era como se llamaba el tío del niño, y José se montó en la parte posterior del vehículo.

Emprendieron el viaje a la Guajira, tierra de los wayuu.



## Capítulo XI

Avanzan unos pocos kilómetros en la vía y muy rápidamente están a la entrada del pueblo de Sinamaica, tierra guajira.

La aridez del suelo contrasta notablemente con la presencia abundante de cierta vegetación, y las palmeras anuncian la cercanía del mar. Es un pueblo pequeño; las casas son de **bahareque**\* con techos de hojas de palmas secas.

Ramón les avisa que él debe acercarse a la laguna para llevar el encargo de yucas a un hermano suyo que vive allí. Toman rumbo hacia la laguna.

Diana abraza a su gato y observa el camino. Ramón y su sobrino tienen una larga charla en su lengua, y José también interviene de vez en cuando; Diana descubre que solo puede entender unas pocas palabras en castellano que ellos introducen algunas veces.

\* BAHAREQUE. Mezcla de barro y palma, endurecida por el sol.

A unos escasos minutos del pueblo, en tierra firme, aparece la laguna, y sobre ella, con casas sostenidas por estacas, tienen frente a sí, ahora, al pueblo de la laguna de Sinamaica. La gente se traslada en embarcaciones de un lugar a otro. Antes de bajarse del camión ya perciben a un grupo de niños, por las risas.



Ramón estaciona en el puerto, donde un gran cartel reza: «Puerto cuervito», saca del camión las yucas y un envase para gasolina.

—Vengan —invitó Ramón, y todos bajaron del camión.

Ramón hizo señas a uno de los conductores de las embarcaciones en el muelle, quien pareció ser conocido suyo.

Enseguida se acomodaron en la canoa. Diana llevaba siempre en su bolso a Tadeo, y a su lado venía Juyá, a quien todos saludaban al pasar. José conversaba con los otros.

Pasaron frente a la iglesia, y José, dirigiéndose a Diana, le dijo:

—Allí está la Virgen del Carmen.

Se entrecruzaron varias embarcaciones; se saludaban de aquí y de allá, todos parecían conocerse.

—Esa es la escuela de aquí —le señaló Juyá a la niña, con su manita.

Llegaron finalmente a la estación de gasolina, dejaron a los niños sentados, y Ramón y José entregaron de pie el envase para ser llenado.

Diana sacó la mano para mojarla en las aguas y descubrió una capa aceitosa y oscura. Juyá la observaba.

—Sí, Diana, el agua está sucia; por eso hay mucha gente enferma, muchos niños.

Diana lo escuchaba, y algo llamó su atención por detrás de Juyá: José y Ramón habían subido a la plataforma de la estación de gasolina y estaban con ellos otros dos hombres, que parecían hablarle en un mal tono a Ramón. Uno de ellos, uno gordo con zapatos de patente, muy brillantes y fuera de tono con el lugar, empujó por el hombro a Ramón; este se defendió empujándolo a su vez y logró que el gordo cayera encima del otro. Ramón hizo una seña a José, quien ya tenía el envase cargado de gasolina, y ambos pasaron a la canoa con los niños, haciendo que el amigo prendiera el motor y saliendo de allí rápidamente. El gordo y el otro parecieron quedar muy alterados y gritaban desde su lugar, amenazando con el puño.

Hubo un silencio en el viaje de regreso al muelle, y los niños tenían cara de no atreverse a preguntar nada. José y Ramón intercambiaron algunas palabras en lengua wayuu,

pero al recordar la presencia de Juyá, por un intercambio de miradas, decidieron seguir en silencio.

Todo ello despertó profundamente la curiosidad de Diana. Se bajaron de la embarcación y con velocidad fueron al camión.

Ramón arrancó el motor y se le veía algo alterado. El silencio continuó entre ellos.

## Capítulo XII

Diana recuerda haber saboreado y compartido unas empanadas que traía en su bolso, y unos plátanos asados que aportó Ramón, más un poco de café y refrescos. Luego siguieron el viaje, y no puede decir más porque ella se quedó totalmente dormida, abrazada a su gato y recostada del hombro de Juyá, quien se durmió también.

Lo cierto es que se despertó cuando entraban al caserío que es Karemé.



El sol allí brilla casi todo el día y se mantiene en lo alto del cielo, porque la Guajira está hecha de arenas del desierto.

Por los alrededores se veían mujeres wayuu, con sus mantas todas de muchos colores, movidas con el viento; en la cabeza llevaban pañuelos amarrados de mucha vistosidad. Algunas de ellas se acercaban al camión de Ramón.

—**Chi ántakai\*** —decían.

Se veían niños y hombres, había chivos; todos parecían celebrar la llegada de los visitantes.

Diana se sentía extraña y sorprendida, no entendía lo que decían, pero encontraba sus gestos cálidos y amorosos.

Juyá la conducía con la mirada y José se le acercó en actitud protectora. Una mujer se acercó y José le dijo algo en su lengua. La mujer sonrió y le hizo señas para que la siguiera. Diana fue tras la mujer con su manta de colores, llena de aire como un gran globo, que contrastaba con el marrón pálido de la tierra.

La condujo hasta un rancho grande, construido con estacas de árboles y sobre las cuales había, como techo, una empalizada, sin paredes. Allí dentro había muchas otras mujeres, alrededor de la comida.

Diana vio arepas de maíz, carne; había platos, ollas, cafeteras de peltre, y los fogones eran leña arrumada y hogueras encendidas, pero sobre ellos colocaban rejillas metálicas.

Le ofrecieron de comer en un plato y Diana, que a estas alturas estaba muy hambrienta, aceptó encantada.

—Tú asa la pika kalú —le dice una mujer, y Diana sonrío desconcertada.

Una muchacha que escucha y observa la situación, le habla entonces en castellano:

\* CHI ANTAKAI. El que llega.

—Ella dice algo de la carne que estás comiendo.

—¡Tú hablas castellano! —le dice Diana sorprendida.

—Sí, lo aprendí en la escuela de los alijunas, así como Juyá, y Ramón, y mucha de nuestra gente.

—Lo hablas muy bien.

—Gracias. ¿Cómo te llamas?

—Yo, Diana. ¿Y tú?

—María.

—¿Y esta carne de qué es?

—Es de chivo; pastoreamos chivos y ovejas; es la carne que más comemos aquí.

—Y ella, ¿es tú mamá? —dijo Diana señalando a la mujer que la había traído hasta el rancho de la comida.

—Sí, pero yo me crie con mi abuela. —Y María señala a otra mujer de más edad que también se encuentra en el lugar.

—¿Y tú vives siempre aquí?

—No, yo vivo en la ciudad, pero hoy tendremos una fiesta, porque mi hermana sale del «blanqueo».

—¿Y eso qué es?

—Es el encierro; cuando una wayuu ya va a dejar de ser niña, se le corta el pelo y debe estar aparte, sola en casa; solo la ven la mamá y la abuela. Se le enseñan los oficios de mujer: a tejer, a hilar, a cocinar, los trabajos de la mujer. Después ella sale cuando ya tiene el pelo largo, se le corta parejo, puede usar joyas que eran de la mamá y la abuela, y tenemos comilona y baile.

—¿Y cuánto dura el encierro? —preguntó Diana sorprendida.

—Antes podía durar mucho, hasta seis años; ahora se hace de unos meses.

—¿Tú lo hiciste?

—Sí.

Las dos han comido, y a esta altura de la conversación salen del rancho. Hay mucha gente afuera; hay niños pequeños.

Algunos juegan, se encaraman en los árboles, otros están haciendo torticas de barro, más allá ve a varios que ponen a bailar sus trompos sobre la superficie de la tierra.

—Las mujeres, ¿son las únicas que pueden ser piaches? —le preguntó Diana a María, después de caminar un rato juntas por Karemé.

—¿Te habló Juyá de las piaches?

—Sí, yo se lo pregunté.

Diana alcanzó a ver unos niños que jugaban con muñecos hechos de barro, niños y niñas juntos.

—Diana, las piaches son mujeres casi siempre. Son mujeres que han tenido sueños extraños, muchos; entonces las piaches viejas deben prepararlas. Cantan y tocan una maraca; hay que concentrar el espíritu bueno en ella, y se le encierra por treinta días; debe tener una dieta muy estricta.

—¿Cómo son esos sueños? —preguntó Diana.

María se quedó un momento pensativa, y luego respondió:

—Si sueñas con siete cardones del desierto que se han quedado secos, entonces tendremos siete años de sequía, sin lluvias, sin nada. Así son los sueños.

Luego continuó:

—Los espíritus de los muertos son los que avisan en los sueños, para evitar un accidente o saber cosas del futuro.

Diana escuchaba a María mientras juntas caminaban la aldea, un círculo de ranchos levantados por troncos o por cardones secos colocados uno junto al otro, de manera que adquirirían la corporeidad de una pared.

Le seguían llamando la atención los fuertes colores de las mantas de las mujeres y la vestimenta de los hombres, que consistía en camisas y unos pequeñísimos guayucos sostenidos por una faja tejida de colores variados.

—¿Quieres ver un telar? —dijo María, y Diana accedió enseguida.



Camaronaron hasta un rancho de techo alto, sostenido sobre estacas gruesas y como techo la empalizada y las hojas de palma de los otros; no tenía paredes. Adentro estaba una mujer ya vieja, trabajando en el telar.

Dos estacas verticales hacían de base para un palo cilíndrico y grueso arriba, y otro similar abajo; de ellos colgaba el tejido. La mujer estaba sentada sobre un tronco, su manta era azul, de un tono oscuro, y verde el pañuelo de su cabeza. Usaba zarcillos largos que colgaban de sus orejas. Sus dedos se movían con prontitud, entrecruzando los hilos del tejido multicolor. Una niñita estaba sentada junto a ella y no quitaba la vista de sus manos. La mujer ajustaba lo tejido con un palito en forma horizontal, cada tanto.

A Diana le parecía una fiesta ver la rapidez con que aquellas manos trabajaban y cómo iba quedando todo parejo y con dibujos en la tela.

—Ella está aprendiendo —le dijo María, señalando a la niña pequeña.

Salieron de allí, y Diana quiso saber de Juyá. María la condujo a un lugar en donde había muchos chivos dentro de un espacio cercado con estacas de madera y ramas de formas irregulares.

—Los niños varones y los hombres cuidan los rebaños —apuntó María.

Juyá sonrió al ver a Diana, y se acercó a su amiga. Apartados de María, Diana se atrevió a preguntar:

—Juyá, ¿tú crees que podré hablar a la piache?

—Dile a María —le contestó Juyá.

Fue entonces cuando Diana se atrevió a proponerle a María, quien lo tomó con naturalidad. Luego le dijo:

—Vamos a ver si ella quiere hablarte.

Ahora ellas tuvieron que ir más lejos, porque la piache vivía en las afueras de la aldea. Hasta allá las fue a alcanzar Juyá.

Diana se encontró con una wayuu sin diferencias con las otras: igual vestía su manta, llevaba el pañuelo en la cabeza y los zarcillos en las orejas. Fumaba tabaco y tenía una maraca.

María la saludó y le presentó a su amiguita alijuna. Entonces Diana, quien ya se sentía más en confianza, sentada en el piso con ella y Juyá, a la usanza wayuu (en cuclillas), le relató a Mariecsa, que así se llamaba la piache, todo el asunto sobre los piratas y el tesoro, mientras Juyá o María hacían de traductores de su historia a la lengua wayuu.

Mariecsa escuchó con mucha calma, mientras se mecía en su hamaca. Finalmente, habló a la niña, después de meditar un rato.

Diana y Juyá estaban muy atentos, esperando esa respuesta de la piache.

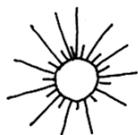
Mariecsa contó la siguiente historia:

—Todos querían alcanzar el sombrero del sol. El primero fue el perro; se fue a buscarlo. Cuando ya estaba muy cerca del sol, estaba cansado, no pudo más, estaba lejos, en el centro de la tierra.

«El zamuro decidió probar también. Se fue, anduvo mucho, llevó mucha comida, comió y siempre le quedó; llegó muy lejos, hasta donde estaba el sol. Pero cuando ya se acercaba, el sol se ocultó y al zamuro se le terminó la comida. Entonces pensó: “¿Y ahora qué comeré?”. Regresó, no volvió más, se quedó como zamuro.

»Entonces se fue el gavián. Él pensaba: “Yo sí alcanzaré al sombrero del sol”. Igual pasó, se le acabó la comida, ya no pudo llegar al sol.

»Entonces habló el pájaro alcaraván: “Yo le quitaré su sombrero al sol; así no saldrá otra vez”. Y el alcaraván fue solo y anduvo hasta llegar al sol. Él llegó; el sombrero del sol era muy grande, y el alcaraván lo agarró. Pero después que lo tuvo y se lo llevó no supo para qué lo había robado. ¿Acaso solo para probar a los otros que podía hacerlo?...».



La piache terminó su relato y se quedó silenciosa meciendo su hamaca. Parecía no mirar más ni a María, ni a Diana, ni a Juyá. Hubo un silencio y luego ellos empezaron a mirarse entre sí.

Se levantaron para irse y salieron en silencio, pensando en aquel relato del sombrero del sol.

Diana preguntó a Juyá:

—¿Tú qué crees que quiso decirnos?

Juyá no contestó, en su cabeza varios caminos se cruzaban. ¿Deberían insistir en la búsqueda de ese tesoro?...



## Capítulo XIII

Al atardecer, había fiesta en Karemé y bailaban la **yonna**\*. Los trajes de ellas destacaban con la agilidad de ellos para seguirlas en el paso con los pies. Las mujeres tomaban sus mantos agarrados por las manos a ambos lados y llevaban sobre la cabeza el **pañerú ko usú**\*. Ellas bailan al golpe del tambor, intentando tumbar a los hombres, colocándose uno frente al otro. Los hombres llevan puesto sobre la cabeza un tocado llamado **karatsú**\*.

José estaba con Juyá y Diana, mirando el espectáculo. Reían y palmeaban, decían frases en lengua wayuu que Diana no podía entender, pero captaba que se trataba de una especie de competencia, porque cuando el hombre caía al piso, puesto

- \* **YONNA**. Danza popular wayúu; tiene cierta simbología. Se puede bailar por el final del encierro de una joven o para iniciar a una nueva piache.
- \* **PAÑERÚ KO USÚ**. Pañoleta muy grande que se coloca en la cabeza. Generalmente es muy colorida y se infla con el aire mientras la mujer baila.
- \* **KARATSÚ**. Tocado circular, lleva en su centro un atado de plumas de ave. Es muy vistoso.

que la mujer había logrado hacerle una zancadilla, todos gritaban y se burlaban, y entonces debía entrar otro bailarín a seguir haciendo el ruedo con ella.

José le recordó a Diana que debían prepararse para el regreso; y la niña, repentinamente, se sintió muy triste porque debía dejar a María, y porque esta visita había estado llena de motivos nuevos para ella. Pensaba en las palabras de Mariecsa, cuyo significado aún no comprendía.

¿No habría resultado más importante este viaje que su búsqueda del tesoro de Henry Morgan? Sin embargo, todavía tenía curiosidad y un deseo interior de acercarse a la isla de Toas, donde, por las revisiones hechas por el maestro Claudio, era más probable que los piratas se hubieran detenido antes de su partida.

Ramón se acercó al grupo y les avisó que ya era hora de partir; comenzaron las despedidas del caso.

Diana sentía que tenía amigos nuevos aquí, y mientras la fiesta continuaba —los niños jugaban y los adultos bebían la chicha y bailaban la yonna—, ella, Juyá, José y Ramón partieron en el camión, en la ruta de vuelta a casa.

Lo que no podía saber la niña era que su aventura no terminaría allí.

## Capítulo XIV

Caía el anochecer. Al principio, Diana escuchaba los sonidos de la conversación entre Ramón y José en wayuu; con ello fue adormeciéndose. Tadeo había estado casi todo el día con Juyá y ahora lo tenía de nuevo en su bolso de tela, sobre el regazo. Él también parecía dormir.

En la carretera no había iluminación; solo la espesura oscura, casi negra, de la vegetación y los focos de uno que otro vehículo como única posibilidad de luz en el lugar.

Diana, antes de dormir, había alcanzado a entender dos palabras porque eran dichas en castellano: *aeropuerto* y *contrabandistas*.

Ahora se despertaba repentinamente y descubría que estaban estacionados en algún lugar. El camión estaba inmóvil en medio de la oscuridad.

Ocurrió que bien avanzado el camino, y ya cercanos al pueblo de El Moján, el camión chocó de manera inesperada con algo grande y sólido (aparentemente una roca), con tal violencia que giró hasta caer en una cuneta de la carretera.

Cuando José y Ramón hicieron la revisión del caso, con una linterna, descubrieron que dos de los cauchos estaban desinflados. Toda una calamidad, puesto que Ramón solo contaba con un caucho de repuesto.

Con dificultad, sacaron de la parte trasera del camión todo lo necesario para bajar los cauchos y colocar el repuesto. José debía trasladarse hasta la estación de gasolina más cercana para reparar el otro caucho, en el servicio correspondiente.

Mientras Ramón trabajaba, bajando y colocando el repuesto en la parte delantera del camión, José hacía señas en la carretera para que algún viajero se detuviera y lo ayudara a llegar hasta la estación. Finalmente, lo hizo un camión de distribución de leche y José pudo despedirse de Ramón, con caucho y todo, prometiéndole pronto retorno.

Pero ocurrió que estando Ramón en la continuación de su faena, de lo más concentrado y distraído, sintió cuando, con el cañón de una pistola, le apuntaban a la sien.

Se trataba de los hombres con quienes había reñido en Sina- maica y con los que Ramón parecía tener una «deuda pendiente».

Cuando el otro le permitió incorporarse, pudo descubrir que estaban siendo rodeados por tres vehículos de los que bajaron varios individuos armados.

El que empuñaba la pistola lo empujó por la espalda, obligándolo a chocar su cuerpo contra el camión; le revisó los bolsillos, y en ese momento, por la ventana del vehículo, se asomaron las caritas de Diana y Juyá. Inmediatamente, el hombre que requisaba a Ramón dio órdenes para que bajasen a los niños de allí.

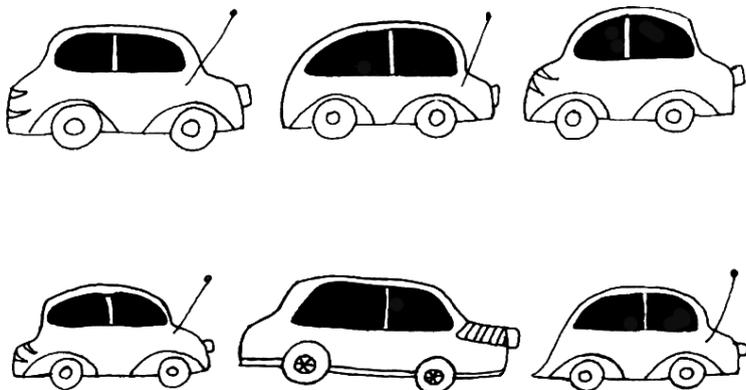
—Ustedes no tienen nada que ver en esto, pero así y todo también vienen con nosotros. —Esto dijo, y con una señal hizo que dos hombres, mal encarados, agarraran con fuerza a los niños, y resistiéndose a sus patadas y gritos, los metieron en uno de los vehículos.

Ramón tuvo la misma mala suerte, y antes de subirlo al transporte y teniéndolo sostenido dos hombres, uno por cada brazo, el tercero le dio una fuerte bofetada.

La oscuridad de la noche, la violencia y la rapidez de la acción, no ayudaban a Diana y a Juyá a entender lo que ocurría.

Indudablemente, esta gente conocía a Ramón. Los niños recordaban haber visto a dos de ellos en el incidente de la gasolinera en la laguna de Sinamaica.

Pero ¿por qué?, ¿qué era lo que pasaba?, ¿a dónde los llevarían?



Diana tenía colgado su bolso de tela, en el momento en que a empujones la habían bajado del camión. Ya en tierra, y con los brazos tensados hacia atrás por la presión que ejercían los dos individuos, que los metieron luego a los autos, Diana tuvo la oportunidad de darse cuenta del instante en que Tadeo, su gato, saltó del bolso para caer en tierra y regresar huyendo hacia el interior del camión. Por un instante quiso detenerlo, pero después, como un chispazo, pensó en la incertidumbre sobre su propio destino, y entonces lo dejó; no

hizo el menor gesto para llamarlo o retenerlo. En eso iba pensando cuando los carros encendieron sus motores y tomaron la vía de la carretera hacia El Moján.

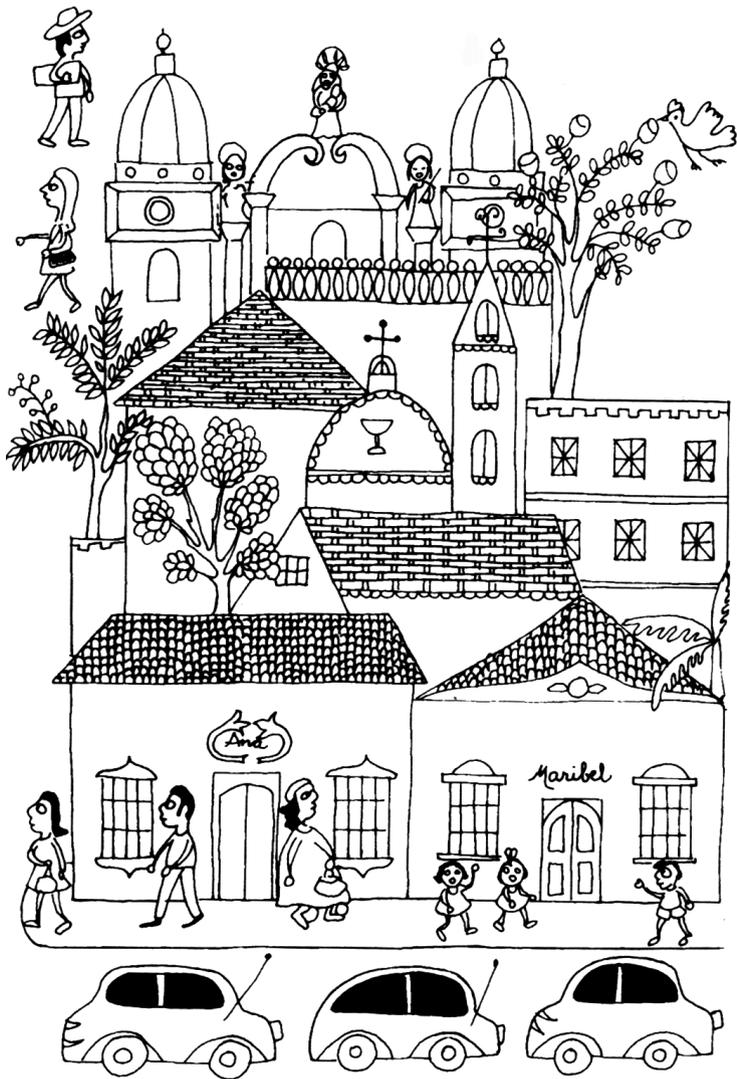
Entrada ya la noche, una sombra negra cubría el paisaje. Los hombres que los llevaban no compartían ni una palabra; parecían, simplemente, obedecer órdenes. Eso hacía más tétrica la situación. Los habían amarrado de las manos y los pies, y hasta amordazado con fuerza, de manera que los niños sentían la hostilidad de las amarras. En esa situación, no les quedaba más que esperar lo que estaba por venir.

Diana daba vueltas en su cabeza a aquella conversación entre José y Ramón en la carretera, de la cual ella solo había entendido dos palabras: *aeropuerto* y *contrabandistas*.

Recordó entonces que había oído a su abuelo decir a su madre, durante el desayuno, que ese lugar a donde iban, Karemé, quedaba muy cerca del aeropuerto de los contrabandistas, lo que podía hacerlo muy peligroso. Para Diana la idea de los contrabandistas era algo tan ajeno, que se limitaba a algunos titulares que había visto en grandes caracteres, o informaciones del noticiero televisivo de la mañana, que el abuelo acostumbraba a comentar.

Esta oscuridad, y con su amigo Juyá al lado, tan preocupado como ella y sin poder hablarle, le hacían añorar con tristeza que llegaba a las lágrimas, la tranquilidad de su casa a la orilla del lago y el calor de sus gatos, tan distintos y tan juguetones, acompañándola en sus excursiones por el patio o, simplemente, dóciles a su lado, cuando realizaba las tareas escolares o veía la televisión.

Al mismo tiempo, pensaba en aquellas historias del abuelo sobre los piratas en el lago y se preguntaba si lo que ella estaba sintiendo ahora no sería lo mismo que podían haber vivido las víctimas de aquellos bucaneros despiadados.



En estas elucubraciones estaba cuando se dio cuenta de que habían llegado ya a las cercanías del pueblo de El Moján. Tanto era así que pasaban al lado del monumento al hacha, que consistía en un hacha gigantesca tallada en madera y colocada sobre un alto pedestal, y que había sido construida por los fundadores de ese lugar en homenaje a quienes habían cortado los árboles para la iniciación de las primeras casas (o mejor: en homenaje a las hachas con las que se había hecho el trabajo).

Diana tenía una idea de cuál sería la vía para llegar al muelle o de cuál era el camino para continuar a la ciudad, pero la caravana de autos en que venía, y que ella ya consideraba propiedad de una «banda de contrabandistas», no pensaba tomar ninguno de esos caminos. En cambio, hubo un breve intercambio de señas, dieron una vuelta y volvieron a salir del pueblo.

El susto de los niños era ahora mayor, según se podía percibir en un intercambio de miradas entre los dos.

Finalmente, la fila de vehículos se detuvo en una zona de la playa, cercana a la carretera pero oculta por una enramada. Allí los esperaban tres embarcaciones.

Se bajaron de los autos, y ocultaron estos con ramas y hojas de palma. De las maletas de los vehículos, los niños los vieron sacar algunas armas; parecían ametralladoras pequeñas. Se montaron en las lanchas y los motores arrancaron; apenas se alumbraban con linternas, y parecía que se ocultaban de la vista de posibles extraños.

Diana descubrió, en medio de sus lágrimas y su temor, que se encaminaban hacia la isla de Toas.

## Capítulo XV

A todas estas, José había conseguido, con dificultad, alguna ayuda en la estación de servicio de gasolina. El cauchero dormía y hubo que despertarlo para que reparara el caucho del camión; estuvo largo rato buscando un pedazo de goma para colocarle un buen parche, y finalmente accedió a acompañar a José hasta el sitio del accidente, para montar en el vehículo el caucho reparado. Consiguieron que otro camionero, de los que manejan gandolas de doble carga durante la noche, los llevara hasta el lugar.

Al llegar allá, la sorpresa no pudo ser mayor. José encontró el camión abandonado y ni huella de Ramón, Diana y Juyá.

No podía imaginar qué habría ocurrido. La aparición de Tadeo, que fue a sus brazos de un salto, le hizo pensar que no había sido nada bueno, puesto que conociendo a Diana podía saber que ella jamás abandonaría a su mascota preferida.

Los otros dos hombres que lo acompañaban se solidarizaron con su preocupación. Tratando de organizar la búsqueda de los desaparecidos, comenzaron por colocar el caucho que había sido reparado.

El camionero decidió olvidar su rutina de la noche para acompañarlos, de manera que José y Gerardo, el cauchero, se subieron al camión, ya listo para emprender camino de nuevo, y tras ellos venía la gandola, sonando su bocina estruendosa, en señal de alarma.

Cuando llegaron al monumento al hacha, en el pueblo de El Moján, hacía ya más de dos horas, aproximadamente, que los otros habían tomado vía en las embarcaciones.

Sin ninguna pista, se acercaron al puerto.

Estaba abierto un negocio de licores del que salía una música ruidosa. Entraron allí buscando información. Había unos pocos parroquianos, demasiado distraídos con sus cervezas para haber visto o escuchado nada anormal.

Cuando estaban a punto de irse, desilusionados, sin saber qué rumbo tomar, se acercó a Gerardo, el cauchero, una mujer, quien trabajaba en el negocio, y le contó que ella había visto una caravana de vehículos dar la vuelta en la plaza del pueblo, y que le había resultado extraño el incidente porque todos llevaban vidrios oscuros en las ventanillas.

Con este dato, José, Gerardo y el camionero tomaron sus vehículos y siguieron la vía que les indicaba la mujer.

Antes, y por precaución, José le pidió a la mujer del bar que avisara a la policía del lugar acerca de la desaparición de dos niños de manera extraña, y que se sospechaba habían sido raptados.

José hacía conjeturas relativas a su conversación con Ramón, quien, efectivamente, andaba huyendo de una banda de contrabandistas con quienes había tenido trato en otra época, y por la situación de abandono del camión en circunstancias tan extrañas.

En la vía correcta no fue difícil localizar los autos escondidos y, por lo tanto, alimentar la sospecha de que habían tomado embarcaciones para internarse en el lago, vía a la isla de Toas.

Los tres decidieron regresar al pueblo y salieron del muelle principal.

De inmediato, los dos camiones estaban entrando al pueblo.

La mujer, ni corta ni perezosa, había avisado a la policía, y José tuvo oportunidad de comentar al comandante la razón de su sospecha, la que resultó tener asidero, puesto que el comandante estaba en conocimiento de que un cargamento vendría por el aeropuerto supuesto de los traficantes, y que sería conducido a un viejo caserón escondido y aparentemente abandonado, en la isla de Toas, para su distribución posterior.

Supo José que a estos individuos se les venía siguiendo la pista hacía ya tiempo, y justo para esta noche se les tenía preparada una emboscada. Solo se esperaba «agarrarlos con las manos en la masa», y para ello debían tener la paciencia suficiente para esperar la llegada del cargamento en el avión.

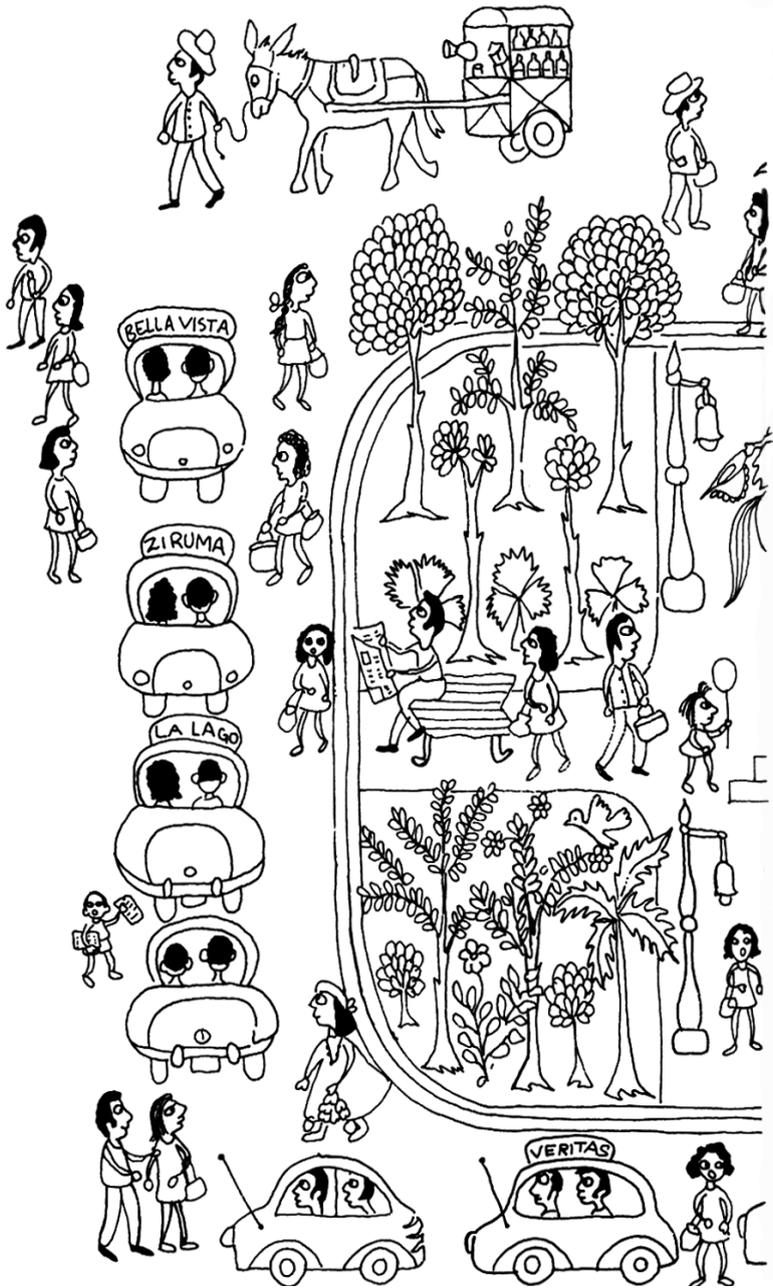
Al enterarse del agravante de la presencia de Diana y Juyá, el oficial consideró que había que tomar alguna medida al respecto, no fuera que los niños se vieran perjudicados en el momento de la captura de los bandidos.

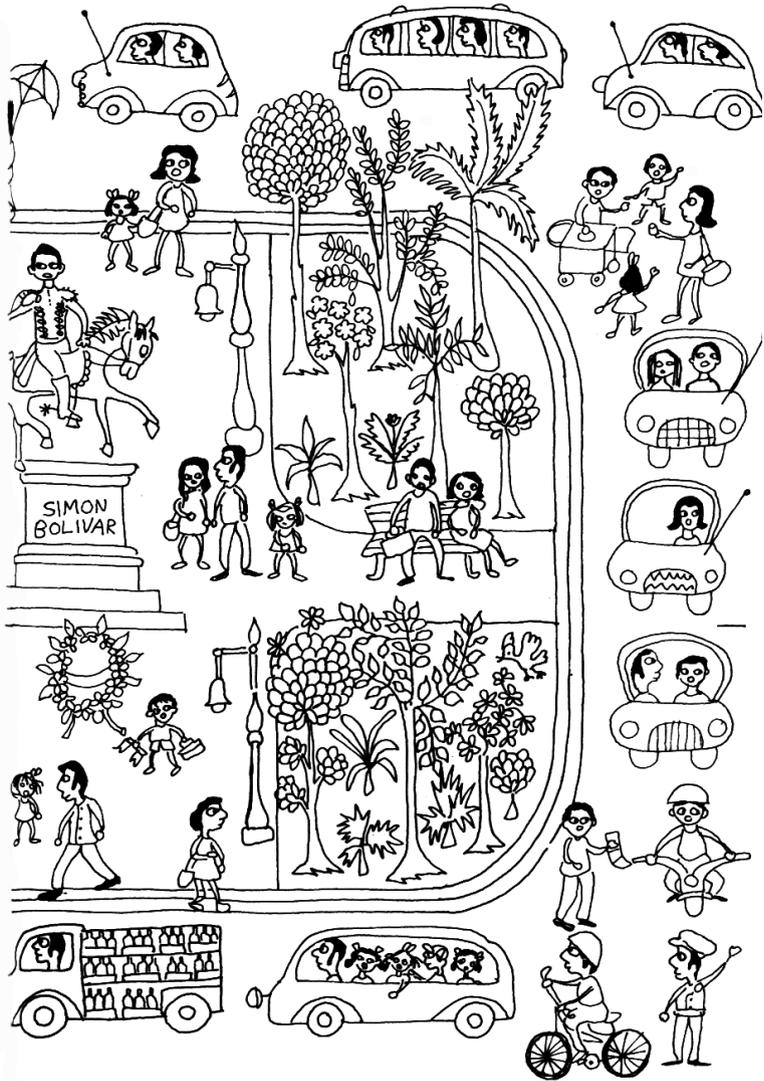
José y Gerardo propusieron que, si ya tenían localizado el lugar, podían preparar una embarcación que llegara por la retaguardia y silenciosamente. Así tendrían oportunidad de intentar localizar a los niños y a Ramón, mientras se atacaba fuertemente por el frente.

Al comandante le pareció buena idea, y José, Gerardo y el nuevo amigo, ya «empapado en la cosa», ofrecieron embarcarse en ese buque que iría clandestinamente.

Mientras ellos organizaban su plan, en otro lugar, el ánimo de Diana, Juyá y Ramón no daba para mucho.

El comandante tenía razón, después de haberles seguido la pista a los contrabandistas durante meses. Efectivamente, las embarcaciones bajaron su tripulación en una playa de la isla de Toas, que constituía la parte trasera de una vieja casona





abandonada del lugar. Allí estaba la guarida del grupo y allí fueron a parar nuestros amigos.

A Juyá y a Diana siempre los mantuvieron separados del tío del muchacho; es más: ellos no estaban seguros de que los hubiesen llevado al mismo lugar hasta que lo vieron, en un descuido de su custodio, cuando era introducido a una habitación, en donde «el Jefe» lo interrogaría.

La vieja mansión tenía altas y gruesas columnas, bastantes derruidas por el tiempo, y los niños fueron llevados a un corredor trasero que daba, después de una plataforma de tierra, a la orilla de la playa.

El hombre que los vigilaba tuvo un mínimo de piedad por ellos y decidió quitarles los tapabocas, aduciendo que en ese lugar...

—Por más que griten nadie los oirá.

Para Juyá y Diana fue un descanso que bien necesitaban.

Los amarró a unas estacas en la misma playa, sentados sobre la arena. Luego se alejó hasta una silla en el corredor, y se dispuso a fumar un cigarrillo.

Los niños aprovecharon para compartir, débilmente, sus mutuas angustias.

—¿Te duelen las manos? —preguntó Juyá.

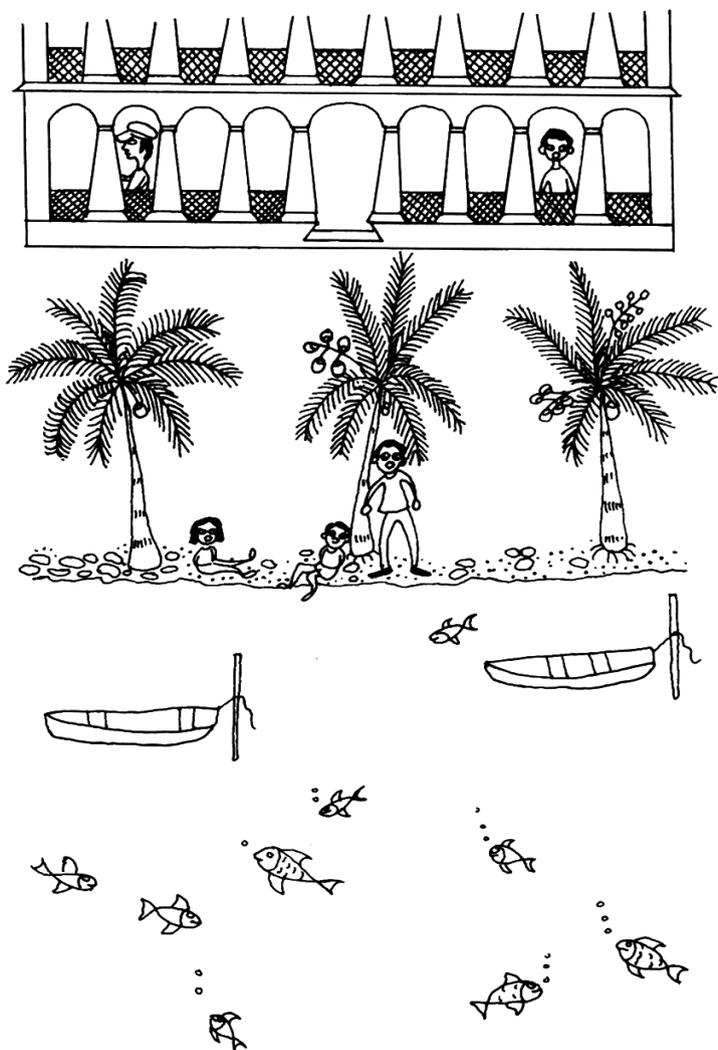
—Sí, mucho —le dijo Diana—. ¿Crees que alguien venga a salvarnos?

—No lo sé —anotó Juyá.

Después los dos voltearon al frente, a mirar las aguas del lago. Estaban tristes y preocupados, y no era para menos.

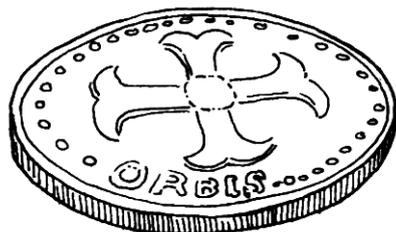
En el silencio y con el mínimo ruido de las tranquilas olas de lago, Diana recordó a Tadeo y el deseo que tenía de verlo. Pensó también en su madre y el trabajo de la casilla del correo, pesando las cartas en la balanza y colocando el precio de las estampillas. Pensó en el abuelo y sus maravillosas historias de piratas, y se preguntó si alguna vez volverían a salir a

pescar juntos. Recordó las mañanas con la franja multicolor en el cielo, sobre el horizonte de las aguas. Y cuando estaba más concentrada en sus pensamientos, jugando con los dedos en la



arena, para soportar mejor sus muñecas amarradas a la espalda, inesperadamente, sintió que había dado con algo duro. Es decir, sus dedos encontraron algo que sus ojos no podían ver, dado que tenía las muñecas amarradas a la espalda y pendiendo de la estaca. Sin embargo, el tacto le decía que lo encontrado era bastante sólido, redondo y con alguna inscripción de caracteres gruesos en su superficie; por lo compacto, llegó a pensar que podía ser una moneda, pero era muy grande.

Aprovechando la distracción del guardián, que no parecía plantearse regresar a mirar de cerca a sus rehenes, Diana llamó la atención de Juyá a su lado. Le indicó que tratara de ver el objeto que ella tenía entre sus dedos, dado que ella no podía voltear la cabeza. Juyá, un poco nervioso por la posible llegada del vigilante, hizo lo que Diana le pedía, y en lo que lo hizo abrió los ojos como dos taparas.



—Parece que es una moneda —le dijo—, y es amarilla y grande.

Diana cerró la mano y apretó la moneda; después se relajó como entristecida y dijo a Juyá:

—¿Y de qué puede servirme? Todavía si con eso pudiéramos salvarnos de esta...

Luego su cabeza dio un vuelco. Aquello, ¿era una moneda? Pues sí, y demasiado grande en comparación con las que se

usaban, y demasiado pesada también, y tenía una inscripción, puesto que eso le señalaba el tacto de sus dedos. Entonces recordó la historia de Henry Morgan y las razones por las cuales ella quería venir a la isla de Toas. ¿Y si esa moneda era parte del tesoro de los piratas?...

Mientras ella dejaba que sus pensamientos avanzaran por ese camino, Juyá estaba muy ocupado utilizando el borde afilado de la estaca donde estaba amarrado para ir cortando los ligamentos de su prisión.

Era una tarea lenta y que debía llevar a cabo con cuidado para que el vigilante, lejos de ellos, no percibiera que algo extraño ocurría. Por cierto que ese señor estaba de lo más distraído porque ahora, aparte de fumar, había sacado una botellita de su bolsillo trasero y bebía, con empeño, tragos cada vez más largos; incluso había empezado a cantar algo por lo bajito, olvidando prácticamente la presencia de los niños.

Finalmente, Juyá consiguió su propósito. Cerró los ojos y los apretó en un gesto de gusto y descanso. Sin moverse de la posición, con las manos a su espalda, sacó una y otra de los círculos, rotos ahora, que habían formado las cuerdas, y se frotaba las muñecas para volver a sentir la sangre circulando. En aquella vacía orilla de playa, en donde claramente podían distinguirse las dos estacas clavadas una al lado de la otra, los niños amarrados a ellas con las manos a la espalda y sentados sobre la arena, el leve viento soplaba levantando una tenue lluvia de partículas blanquecinas. La alegría de Juyá al sentir sus manos libres era realmente un hecho fantástico.

El niño, aún sin moverse del sitio, habló a Diana sin mirarla.

—Diana... Diana...

—Ujú... Te oigo —respondió ella en murmullo, como en la conversación anterior.

—Mira mis manos.

Diana alcanzó a voltear un poco y al descubrirlo sonrió.

Los dos niños fueron acercándose, siempre sentados, muy disimuladamente. Escuchaban la voz de su carcelero, quien ahora cantaba a todo grito.

Juyá tardó un buen rato en soltar las amarras de las muñecas de Diana, sin mirar, puesto que tenía que mantener la posición con las manos atrás para no despertar ninguna sospecha. Sin embargo, logró hacerlo sin que se diera cuenta el guardián.

Diana suspiró, y disfrutó de la misma sensación de placer al tener sus muñecas libres y sentir la sangre circulando normalmente. Entonces se animó, aunque ya había comenzado a hacerlo a raíz de la elucubración despertada por el encuentro de la moneda.

Pero ocurrió algo aún mejor: Juyá le hizo una seña abriendo sus ojos enormes, como solía hacerlo cuando algo resultaba inesperado. Diana giró su cabeza a la derecha, siguiendo el gesto de Juyá, y descubrió nada menos que a Tadeo, ¡cerca de ellos! Tal alegría la hizo sospechar enseguida que se salvarían, porque si el gato había llegado hasta allí no lo había hecho solo.

Una angustia le entró y se situó en su ánimo: Tadeo no debía acercarse más o lo descubriría el vigilante.

Ahora desatados, los dos se movían disimulando, pero con más atrevimiento; miraron hacia el corredor del patio de la casa y pudieron darse cuenta de que aquel hombre, ahora borracho, los ignoraba por completo.

Pero debían ser precavidos; cualquier movimiento violento de ellos podía ser captado por el hombre, y estaba armado.

Sin embargo, el gato parecía estar al tanto, puesto que se mantenía en el sitio. Juyá y Diana captaron entonces que detrás del promontorio que formaban tres palmeras cercanas rodeadas de rocas, algo se movía.

Mientras, el canto del otro se escuchaba a todo grito y con las «caídas» propias de la voz quebrada por el licor.

Entonces Diana distinguió una sombra que se cambiaba de lugar continuamente y otras que se quedaban detrás de las palmeras. La que se movía se acostó entre las rocas que formaban el declive del patio de la casa, que conectaba con la orilla de la playa. Diana y Juyá supieron entonces que era José y que venía armado; se miraron, y José les hizo la señal de silencio con el dedo sobre los labios. Los dos niños se quedaron inmóviles mirando hacia el horizonte de las aguas y el cielo, pero con una sonrisa que empezaba a nacer en sus rostros.

José se arrastró como una serpiente, con el cuchillo en la boca; pasó sobre las rocas aprovechando las sombras de la noche. El vigía se había sentado en una silla y se balanceaba, recostando el respaldo de esta a la pared; cantaba y bebía mirando el cielo.

José llegó por el piso, como un reptil; tiró de las patas de la silla y rápidamente, cuando lo tuvo tumbado, le tapó la boca con una mano y lo golpeó en la cabeza.

Los niños miraban la escena desde su lugar. Tadeo se acercó a Diana, y José, desde arriba, les señaló que corrieran hacia la zona derecha, en donde el cúmulo de sombras los protegería mejor de cualquier ataque inesperado.

Corrieron encorvados para no ser vistos, y en el proceso, Diana tuvo una fatalidad: sus anteojitos cayeron en la arena.

José arrastró el cuerpo del hombre y lo recostó a la pared.

Diana decía:

—No puedo ver, Juyá.

Efectivamente, su visión resultaba imprecisa, borrosa, y más aún con la oscuridad de la noche. Juyá le dijo:

—Quédate aquí, no te muevas.

Y sin que ella pudiera impedirlo, el niño corrió al lugar donde supuestamente habían caído los anteojos, ya que con la arena era difícil precisarlo con seguridad.

En ese mismo instante ocurrieron dos cosas sorprendidas: por un lado, aparecieron en el horizonte cercano dos embarcaciones, con tripulación a la vista, evidentemente de la policía de vigilancia de la zona.

La otra fue que en la puerta del corredor de salida de la casa hacia este patio trasero apareció un hombre llamando a Jairo, el que tenía a su cargo vigilar a los niños.

Por supuesto que enseguida se dio cuenta de que algo andaba mal para ellos, sobre todo cuando vio a Juyá libre en la playa y no distinguió a la niña en ninguna parte.

—¿Qué pasa? ¡Los niños escaparon! —gritó hacia dentro.

Y de allá le respondieron:

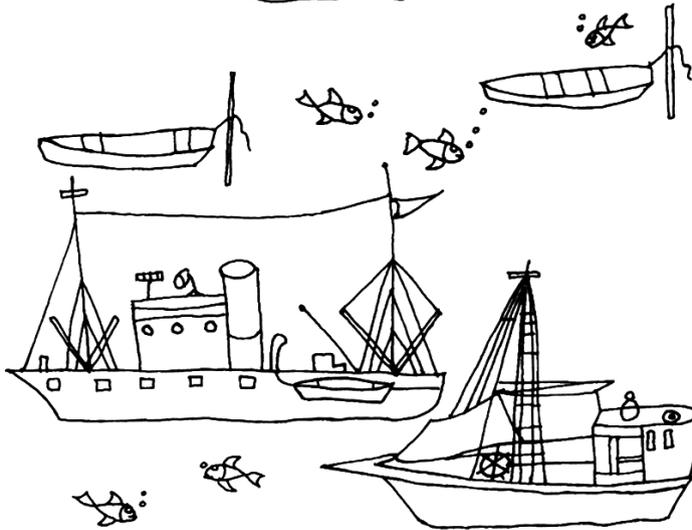
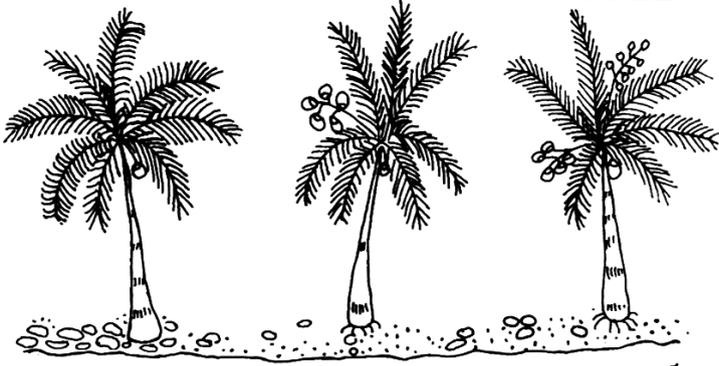
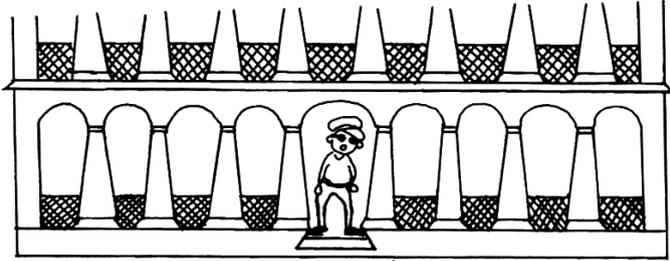
—¡Cuidado! ¡Nos han tendido una emboscada!

Lo demás fue tiro y tiro. El hombre, asustado, sacó una pistola y disparaba en dirección a Juyá, quien se tendió en la arena e intentaba arrastrarse a la manera de José, en vía hacia el lugar en donde Diana se encontraba.

José entonces agarró al hombre por detrás, haciéndole una llave en el cuello y obligándolo a soltar la pistola. Juyá logró acercarse a Diana y no solo le llevaba sus anteojos, que en la «arrastrada», y con gran suerte, había logrado descubrir entre la arena, sino que también había dado con un objeto punzante y pequeño que se apresuró a guardar en su bolsillo, en el mismo lugar del escondite entre las piedras, en donde ahora se cubría del tiroteo iniciado por las embarcaciones que se acercaban a la casona.

Tal y como lo había planteado el comandante de la policía, la emboscada se producía por la entrada de la vieja mansión abandonada.

Mientras tanto, Gerardo y su amigo el gandolero, quienes habían permanecido ocultos entre las palmeras, corrieron hacia el lugar de los niños, protegiéndolos. Gerardo se acercó al lugar de José y recogió el revólver del piso, apuntando con



él al hombre que aún José mantenía cautivo con un brazo doblado a la espalda.

Y como con acento de película de televisión, Gerardo le dijo a José:

—Déjame a este, yo me encargo.

Apuntándolo lo hizo caminar hacia dentro de la casa, donde ya se presentía menos peligro, dado que la banda escondida allí había tenido que salir para enfrentar a la policía y, de hecho, por lo inesperado, habían sido sometidos en el encuentro.

José bajó entonces al lugar en donde estaban los niños y el gandolero.

Las ráfagas de ametralladora habían cesado y se veían oficiales uniformados caminando por la orilla de la playa.

Diana acababa de descubrir que uno de los cristales de sus anteojos estaba roto, y con ellos puestos, usando el que le restaba, sacaba la moneda del bolsillo. Como si no pasara nada a su alrededor, buscaba algo de luz para leer la inscripción en ella grabada.

Los caracteres le resultaban borrosos y solo logró leer una cifra: 1650.

Guardó la moneda en el bolsillo de su pantalón, y con Tadeo abrazado contra su pecho, se dejó conducir al lado de Juyá por José y su amigo. Ella había perdido su sombrero y su bolso, aunque conservaba la cámara fotográfica diminuta en el otro bolsillo de su pantalón.

Iban camino a la embarcación en donde habían llegado los amigos que se ocuparon de entrar por la «retaguardia»: José, Gerardo, el camionero y dos miembros del cuerpo policial.

De repente, ya no había más tiros y solo se escuchaban algunas voces que indicaban órdenes del comandante para conducir a los contrabandistas, maniatados a la espalda, a las embarcaciones de la policía, con el propósito de trasladarlos

a tierra firme y entregarlos en manos de los tribunales y las instituciones correspondientes.

Tranquilizados ahora, habiendo pasado los momentos de tensión, Juyá, muy de repente, estalló en carcajadas sonoras. Los otros lo miraron extrañados, aunque casi se contagiaban con su risa.

—¿Qué pasa, Juyá? —le preguntó Diana.

—Que... con esos anteojos, así sin un cristal... pareces una pirata.

Entonces todos rieron, hasta Diana.



## Capítulo XVI

Cuando llegaron a la lancha, y mientras miraban cómo el comandante disponía la distribución de los otros en varias embarcaciones, Diana les propuso que posaran para una fotografía. Entonces Gerardo quiso tomarla él, y ubicó a la niña en el grupo. Después quiso jugar con la cámara, y se convirtió en el «fotógrafo oficial del evento», puesto que Diana convenció al comandante de que se dejase tomar una fotografía con ellos, teniendo la casona de fondo; y luego escogieron las estacas donde habían sido amarrados, como motivo de foto, y más tarde fue la lancha con Tadeo y su dueña, y así, poco a poco, hasta que el **rollo**\* se acabó... o no se acabó del todo, porque quedó una para tomarla a Juyá en el momento en que hizo entrega a Diana de un regalo que le tenía: se trataba de ese «objeto punzante» que había tropezado cuando se arrastraba por la arena, esquivando la pistola del bandido, y que resultó ser una pequeña daga, con la inscripción H. M. 1670.

\* **ROLLO.** Película fotográfica que utilizaban las cámaras de fotos.

Con aquello, Diana estaba que no cabía en sí de gozo. Sentía que poseía la prueba fidedigna de que Henry Morgan, el pirata de las historias del abuelo, efectivamente había estado allí, justo en ese lugar. Porque para ella esas siglas, H. M., no podían ser otra cosa que Henry Morgan, y el número correspondía justamente al año de su paso por Maracaibo. Sin embargo, el sentimiento de la niña había crecido y era mucho más difícil de concebir que ese hecho en sí mismo.



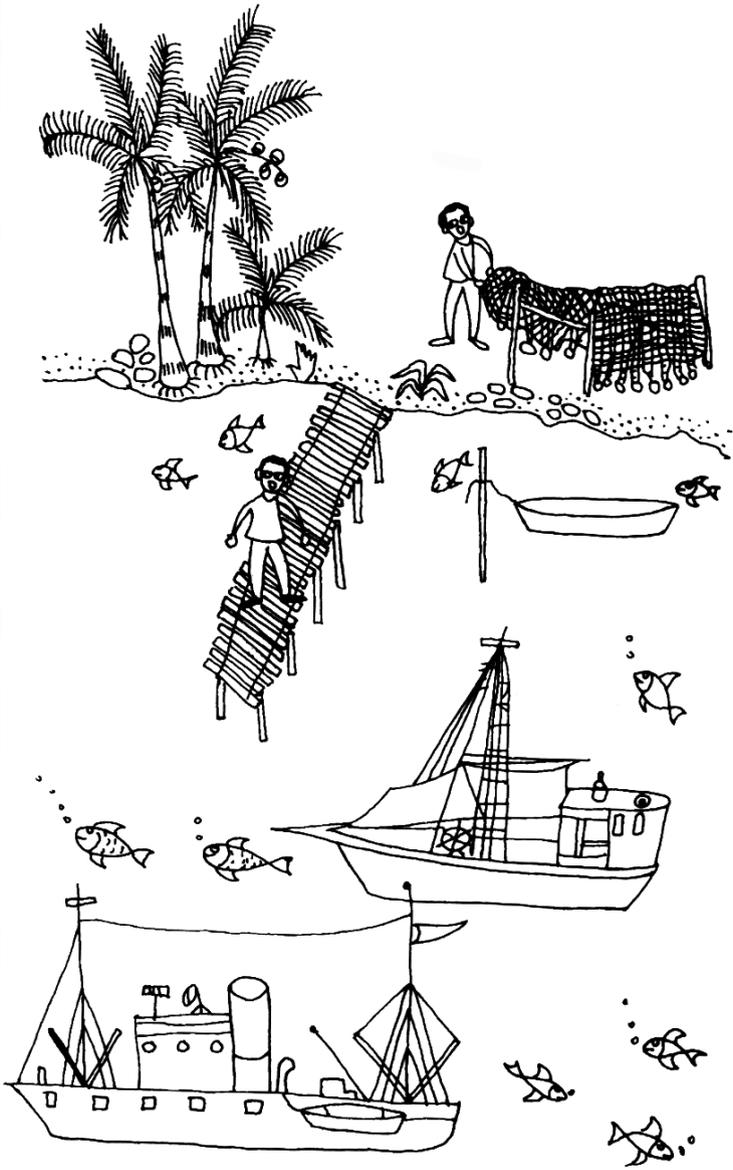
A ver si nos explicamos: había dejado de ser importante que la señorita Riñones creyese o no las historias de los piratas. Diana había vivido en este día tantas situaciones, que presentía un cambio en su propia vida y en todo lo que la rodeaba.

El viaje hacia el muelle de El Moján fue muy rápido. Al llegar allí, vieron de nuevo a Ramón, quien estaba bastante maltrecho por los golpes que había recibido de los contrabandistas, sobre todo del que apodaban «el Jefe», calvo y con ese tono de darse importancia.

—¿Qué le va a pasar a mi tío? —preguntó Juyá al comandante de la policía.

Este le contestó con cordialidad:

—Tu tío tiene que venir con nosotros para contestar algunas preguntas. Pero no te preocupes, muchacho; pronto será absuelto. Él no tiene nada que ver con lo ocurrido.



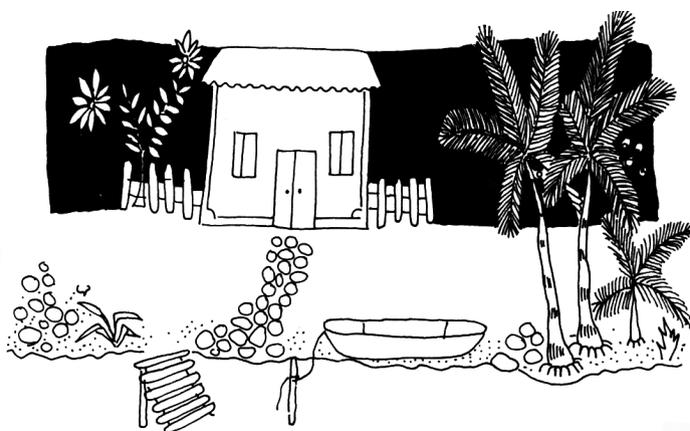
Tío y sobrino se despidieron con una mirada cálida. Ramón le dejó a José el camión hasta que pudiera volver a buscarlo en la ciudad. Tenía que arreglar ahora sus asuntos con la justicia.

Hubo abrazos y gracias y despedidas para todos; y finalmente, José, Diana, Juyá y Tadeo se vieron montados en el camión rumbo a la ciudad, cuando apenas amanecía.

## Capítulo XVII

Lucrecia y el abuelo Javier los recibieron en la puerta. Se veía que nadie había dormido en aquella casa.

Y todo fue abrazos y llanto y más abrazos. Porque en realidad allí esperaban que el regreso de los viajeros se produjese al atardecer, y así, sin saber todavía nada de lo ocurrido, el abuelo y Lucrecia se habían alarmado mucho por la tardanza.



En el camino, José, Juyá y Diana habían discutido cómo contarle todo, y al final habían llegado a la conclusión de que lo mejor era explicar la verdad, porque en última instancia, allí estaban los tres, ¡perdón!, los cuatro con Tadeo, vivos y en buenas condiciones; un poco sucios y cansados, quizás...

—Y con un cristal menos en los anteojos —anotó Diana, pero nada más que eso.

¿Para qué complicarse la vida si es tan fácil decir la verdad?

Así que, en cuanto pudieron, la historia fue contada. Y podrán suponer ustedes que nuestros amigos estuvieron durmiendo después, algo así como todo un día.

Lucrecia arregló una camita para Juyá por esa noche, para que no tuviera que salir a su casa en el estado de cansancio en que se encontraba. Y cuando estaban los dos niños en las despedidas de «buenas noches», para irse cada uno a su cama, Juyá le preguntó a Diana:

—Diana, ¿y por qué, después que tenías la moneda y todo estaba tranquilo, no dijiste para ir a buscar el tesoro, si la moneda era una pista?

Diana lo miró pensativa y luego le contestó:

—Porque me di cuenta de que es más importante estar aquí con mis gatos y ver ese lago tan bonito por la ventana.

Y como Juyá la miraba sin entender nada, Diana aún agregó:

—Y porque el alcaraván no debía quitarle el sombrero al sol.

Y diciendo esto se fue a su habitación, dejando a Juyá pensando en el sol, en su sombrero, en el alcaraván, y en lo complicadas que empezaban a resultarle las mujeres, como los adultos decían.





## Epílogo

El maestro Claudio se enteró de lo ocurrido y se sintió orgulloso de lo valientes que habían resultado sus discípulos, así que dispuso un homenaje en la escuela para los dos jovencitos.

Juyá y Diana estaban halagados por el asunto, pero, al mismo tiempo, entendían que lo más importante de todo lo ocurrido había pasado muy dentro de ellos mismos.

Ayudaron al maestro Claudio a colocar en una cartelera las fotografías tomadas por Gerardo, el cauchero. Por otra parte, la prensa había reseñado la captura de la banda de contrabandistas haciendo alusión a la presencia de los dos niños rehenes. Por esa información fue que Diana y Juyá vinieron a saber acerca del movimiento que se había producido en el supuesto aeropuerto de los bandoleros, y del gran número de empaques de mercancía que alcanzaba aquel contrabando.

Todo aquello fue colocado en la cartelera.

La daga con las siglas que consiguió Juyá y la moneda de Diana fueron ubicadas en una cajita con tapa de cristal en la biblioteca de la escuela, para que todos los niños pudiesen

verlas; y a su lado, Claudio colocó un cartel donde, en letras grandes, escribió la historia del asalto que hiciese el filibustero Henry Morgan a la ciudad de Maracaibo, en el año 1670. También anotó debajo los nombres de los libros y los autores que daban fe de la historia.

Todo ello fue muy importante, pero lo que más le gustó a Diana, aparte de los nuevos anteojos, fue el momento en que le correspondió leer su tema de composición de la semana, que ella tituló: «Una visita a la casa de mis amigos wayuu».

Sobre todo cuando, al final de su lectura, reinó un respetuoso silencio en el salón, y ella percibió sonrisas de agrado de sus compañeros.

Entonces, la señorita Riñones dijo:

—Diana, yo quiero felicitarte, y lo mismo harán tus compañeros, por esta historia que acabas de regalarnos a todos.

Siguió a ello un aplauso maravilloso, que Diana sintió como muy de verdad.

Y esa noche, después de servir el alimento a sus gatos, al acostarse a dormir, escuchando la bocina de los barcos cargueros pidiendo puerto al entrar a la barra del lago, Diana se quedó pensando y soñando en que, efectivamente, ni el alcaraván ni nadie debía quitarle su sombrero al sol.



# Índice

Capítulo I	11
Capítulo II	17
Capítulo III	21
Capítulo IV	29
Capítulo V	37
Capítulo VI	41
Capítulo VII	43
Capítulo VIII	49
Capítulo IX	53
Capítulo X	55
Capítulo XI	61
Capítulo XII	65
Capítulo XIII	75
Capítulo XIV	77
Capítulo XV	83

Capítulo XVI	99
Capítulo XVII	103
Epílogo	107

*Diana en la tierra wayuu*  
se imprimió en noviembre de 2022 en los talleres de la  
IMPRESA DE LA CULTURA  
Caracas, Venezuela  
Son 2.000 ejemplares

• Colección CONTINENTES •

Diana ha comenzado un nuevo curso escolar. Inseparable de su gato Tadeo, adora las historias que le cuenta su abuelo Javier, sobre todo las hazañas de los piratas que asolaron a la ciudad de Maracaibo. Aunque la incrédula maestra —la Srta. Riñones— intentará persuadirla de que las historias del abuelo son solo fantasías infundadas, nuestra protagonista no descansará hasta demostrarle que Henry Morgan escondió un gran tesoro en esas tierras. En compañía de su amigo Juyá, Diana viajará a la tierra de los wayuu, en donde vivirá la más increíble de todas las aventuras.

Laura Antillano (Caracas, 1950), escritora, profesora universitaria de pre y postgrado, articulista de prensa, promotora de lectura, titerera, guionista de cine y televisión. Ha publicado novelas, cuentos, ensayos, libros de entrevistas y crónicas periodísticas, poesía y libros para niños. Durante ocho años mantuvo el espacio radial *La palmera luminosa*, en la Radio Universitaria de la Universidad de Carabobo. Ha recibido entre otros reconocimientos: Premio Nacional de Cultura (mención Literatura, 2014-2015); Premio Foncine al mejor guion cinematográfico para niños y jóvenes (1987); Premio de Cuentos Julio Garmendia de la UCV (1983); Premio de Cuentos del diario *El Nacional* (1977); mejor guion de la Asociación de Autores Cinematográficos (1982) guion del largometraje *Pequeña Revancha* con Olegario Barrera; Premio Bienal José Rafael Pocatterra mención Poesía (2004). Actualmente es articulista semanal de los diarios *Ciudad CCS* y *Notitarde* (estado Carabobo), y lleva a cabo la selección de cuentos en la asesoría literaria del suplemento *Cuentos para leer en casa*, de *Ciudad CCS*.

